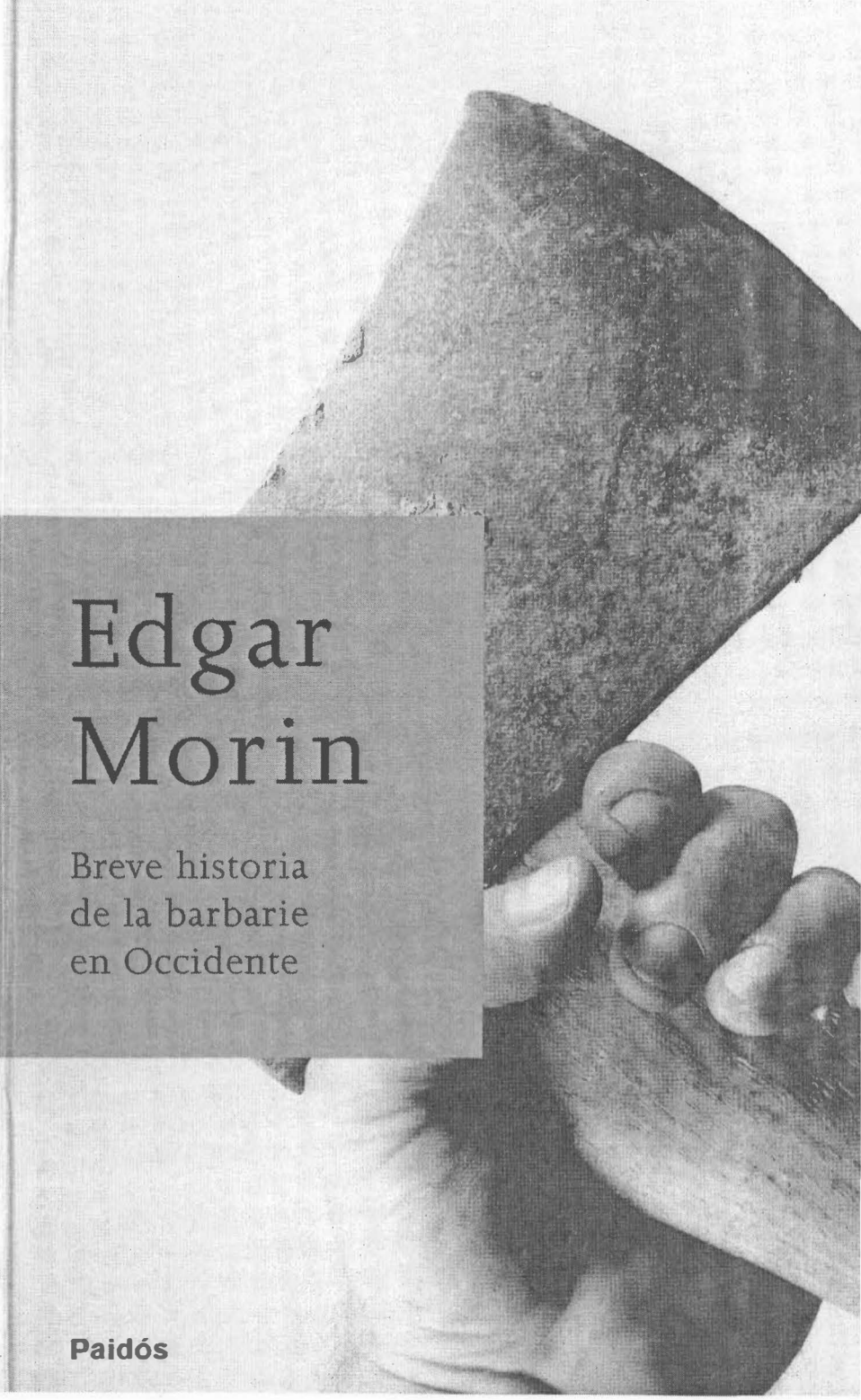
ESPACIOS DEL SABER 60

PAIDÓS

Edgar Morin

Breve historia de la barbarie en Occidente



Edgar Morin

Breve historia de la barbarie en Occidente

Paidós

Paidós ha creado la **Biblioteca Edgar Morin**, que ofrecerá a los lectores el pensamiento de uno de los intelectuales más importantes de la Europa contemporánea. *Para una política de la civilización* y *Breve historia de la barbarie de Occidente* inauguran la colección.

Diseño de colección: Opalworks
Diseño de cubierta: Opalworks

BREVE HISTORIA DE LA BARBARIE EN OCCIDENTE

Biblioteca Edgar Morin

Títulos publicados:

1. E. Morin - *Para una política de civilización*
2. E. Morin - *Breve historia de la barbarie en Occidente*

Edgar Morin

BREVE HISTORIA DE LA BARBARIE EN OCCIDENTE

PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Culture en barbarie européennes*, de Edgar Morin

Traducción de Alfredo Grieco y Bavio

Cubierta de Opalworks

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Bayard, 2005
© 2009 de la traducción, Alfredo Grieco y Bavio
© 2009 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-2236-5
Depósito legal: M. 7958/2009

Impreso en Artes Gráficas Huertas, S.A.
Camino viejo de Getafe, 60 - 28946 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - *Printed in Spain*

Para Jean-Louis
y Natascha Vuillerme

SUMARIO

1. Barbarie humana y barbarie europea 11
2. Los antídotos culturales europeos 37
3. Pensar la barbarie del siglo XX 63

1

BARBARIE HUMANA Y BARBARIE EUROPEA

Para comenzar, me gustaría poder esbozar una antropología de la barbarie humana.[1] En mis sucesivos trabajos, he intentado mostrar que las ideas de *Homo sapiens*, de *Homo faber* y de *Homo economicus* resultaban insuficientes: el *Homo sapiens*, de espíritu racional, puede ser al mismo tiempo *Homo demens*, capaz de delirio, de demencia. El *Homo faber*, que sabe fabricar y utilizar utensilios, también ha sido capaz, desde los orígenes de la humanidad, de producir innumerables mitos. El *Homo economicus*, que se determina en función de sus intereses, es también el *Homo ludens* del que se ha ocupado Huizinga hace algunas décadas, es decir, el hombre del

1. Este texto constituye la transcripción corregida de tres conferencias pronunciadas en la Bibliothèque Nationale François Mitterrand los días 17, 18 y 19 de mayo de 2005. Agradezco a Jean Tellez por haber colaborado de manera indispensable en las correcciones y en la puesta en forma final.

juego, del gasto, del derroche. Es necesario integrar y vincular esos rasgos contradictorios. En las fuentes de lo que consideraremos la barbarie humana, encontramos por cierto esta vertiente «demens» productora de delirio, de odio, de desprecio y que los griegos llamaban *hybris*, desmesura.

Cabría pensar que el antídoto para «demens» se encuentra en «sapiens», en la razón, pero la racionalidad no puede definirse de una manera unívoca. A menudo, la racionalidad en que creemos movernos es sólo racionalización, un sistema enteramente lógico, pero al que le faltan las bases empíricas que permitirían justificarlo. Y sabemos que la racionalización puede servir a la pasión, y llevar hasta el delirio. Existe un delirio de la racionalidad cerrada sobre sí.

El *Homo faber*, el hombre fabricador, crea también mitos delirantes. Da vida a dioses feroces y crueles que cometen actos bárbaros. Tomo de Teilhard de Chardin el término «noosfera» que en mi concepción designa el mundo de las ideas, de los espíritus, de los dioses producidos por los humanos en el seno de su cultura. Aunque producidos por los humanos, los dioses adquieren una vida propia y el poder de dominar a los espíritus. Así la barbarie humana engendra dioses crueles que, a su vez, incitan a los humanos a la barbarie. Damos forma a dioses que nos dan forma. Pero esta posesión por las ideas religiosas no se deja reducir, como único aspecto, a la barbarie. Los dioses que poseen a los creyentes pue-

den obtener de ellos no sólo los actos más horribles sino también los más sublimes.

Como las ideas, las técnicas nacidas de los humanos se vuelven contra ellos. Los tiempos contemporáneos nos muestran una técnica que se desata y escapa a la humanidad que la ha producido. Nos comportamos como aprendices de brujos. Además, la técnica aporta su propia barbarie, una barbarie del cálculo puro, frío, helado, que ignora las realidades afectivas propiamente humanas.

En cuanto al *Homo ludens*, se puede señalar que conoce juegos crueles, como los del antiguo circo o la tauromaquia, aunque innumerables juegos no tengan un carácter bárbaro. Finalmente, el *Homo economicus*, que coloca el interés económico por encima de todo, tiende a adoptar conductas egocéntricas, que ignoran al otro y que, por ello mismo, desarrollan su propia barbarie. Así, vemos cómo las potencialidades, las formas virtuales de barbarie aparecen en todos los rasgos característicos de nuestra especie humana.

Estas formas virtuales de barbarie, sin embargo, no son las mismas en las sociedades arcaicas y en las sociedades históricas. Las sociedades arcaicas se han extendido sobre todo el planeta hace varias decenas de miles de años. Produjeron una extrema diversidad de lenguas, de culturas, de músicas, de ritos, de dioses. Todas tienen un carácter común: son pequeñas sociedades de algunos centenares de individuos dedicados a la caza y la reco-

lección. Prácticamente son autosuficientes, no tienen necesidad de conquistar el territorio de una sociedad. Por cierto, conocen las guerras locales y acaso también el crimen y el asesinato.[2]

Estas sociedades no tienen nada en común con las sociedades históricas surgidas de la formidable metamorfosis que se ha comenzado a operar hace quizás ocho mil años en Oriente Próximo, en la cuenca del Indo, en China, después en México y en los Andes. Esta metamorfosis ha producido las grandes civilizaciones de sociedades que cuentan con miles, hasta con millones de miembros, que practican la agricultura, que construyen ciudades, crean Estados y grandes religiones, inventan los ejércitos, desarrollan considerablemente las técnicas. Aun cuando rasgos de barbarie podían caracterizar a las sociedades arcaicas, es en las sociedades históricas donde se ven aparecer los rasgos de una barbarie vinculada al poder del Estado y a la desmesura demencial, a la *hybris*. Se emprenden conquistas de territorios para asegurar las materias primas o las reservas de subsistencia para los períodos de sequía o de exceso de lluvia. Pero, sobre todo, se produce una verdadera escalada de conquistas que va más allá de la mera necesidad vital y que se manifiesta en las masacres, las destrucciones sistemáticas, los pillajes, las violaciones, la esclavización. Existe

2. Se han registrado comportamientos asesinos entre los chimpancés.

entonces una barbarie que toma forma y se desencadena con la civilización.

Por otra parte, estas grandes sociedades se caracterizan por un desarrollo urbano sin precedentes, forman Babilonias donde se reúnen poblaciones diferentes, clases diversas fundadas sobre la dominación de los amos y la esclavitud generalizada. En los bajos fondos, prosperan la delincuencia y la criminalidad. En las sociedades arcaicas, demográficamente limitadas, en las que la mayoría de los individuos se integraban en la colectividad, la marginalidad debía ser una excepción. Reinaba una especie de superyó de la colectividad, tanto más importante dado que estas sociedades estaban regidas por el mito del ancestro común que alentaba la fraternidad de todos sus miembros.

En los grandes imperios, en las ciudades-estado, se desarrollaron fermentos de delincuencia y de criminalidad. Se presenció la aparición de dioses feroces y guerreros, de dioses que demandaban el exterminio del enemigo. La barbarie de la guerra resulta por lo demás inseparable de los tiempos históricos. La historia de las grandes sociedades es la historia de las guerras ininterrumpidas, como lo ha demostrado Gaston Bouthoul, fundador de la polemología. Sin embargo, al mismo tiempo que dicha barbarie, estas sociedades producen un florecimiento de las artes y de la cultura, un desarrollo del conocimiento, la aparición de una elite cultivada. La barbarie se vuelve entonces un ingrediente de las

grandes civilizaciones. Como lo ha puesto en evidencia Walter Benjamin, no hay un signo o un acto de civilización que no sea al mismo tiempo un acto de barbarie. Surge una pregunta: si se puede y se debe resistir a la barbarie, y aun se debe intentar reprimirla, ¿no es sin embargo un ingrediente de civilización que jamás podrá suprimirse?

La barbarie no es sólo un elemento que acompaña a la civilización, sino que la integra. La civilización produce barbarie, en particular la barbarie de la conquista y de la dominación. La conquista romana, por ejemplo, fue una de las más bárbaras de toda la Antigüedad: el saqueo de Corinto en Grecia, el sitio de Numancia en España, la aniquilación de Cartago, etc. Sin embargo, la cultura griega se infiltró en el interior del mundo romano, que se había convertido en imperio. De allí la famosa expresión del poeta latino: «Grecia, derrotada, derrotó a su feroz vencedor». De esta manera, la barbarie también generó civilización.

La conquista bárbara de los romanos condujo a una gran civilización. En 212, el edicto de Caracalla concede la ciudadanía romana a todos los súbditos de ese vasto imperio que cubre África del norte y parte de Europa del este y de Inglaterra.

Si me puedo permitir un paréntesis —dado que no me impongo aquí un discurso lineal, sino que invito a reflexionar sobre momentos históricos—, me gustaría re-

cordar que Simone Weil, en un artículo de los *Nouveaux Cahiers* publicado en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, anticipaba que otro tanto ocurriría en el imperio europeo posterior a la conquista nazi. Ella preveía una victoria de Alemania, y, en dos siglos, un florecimiento de las civilizaciones, según el modelo de aquella que había generado Roma. Esto no le impidió involucrarse con convicción en la Resistencia, como ustedes saben. Pero tampoco deja de ser cierto que esta idea inspiró a socialistas y pacifistas, que colaboraron con los nazis desde el comienzo de la guerra, cuando todavía no era europea, pero cuando se pensaba que Alemania dominaría largamente a Europa. Muchos pensaban, trágicamente, que colaborando con la Alemania hitleriana colaboraban de hecho para llegar a una Europa socialista.

Si aludo a este artículo, es porque me ha influido no sólo en lo que concierne a la Alemania nazi, sino también en lo que atañe a la Unión Soviética. En 1942, a los veintiún años, yo conocía ya los peores aspectos de la URSS, no había olvidado los procesos de Moscú, había leído a Trotsky y Souvarine. Yo tenía la idea de que la victoria de la Unión Soviética permitiría a las simientes ínsitas en la ideología socialista, ideología comunitaria, igualitaria, libertaria, florecer en una era maravillosa de armonía social. Empecé a desilusionarme cuando llegaron la Guerra Fría y una renovada glaciación estalinista. Hoy no puedo apartar la idea de que la Unión Soviética, quizás, habría podido hacer florecer, con el tiempo, los ideales y

los fermentos de civilización que su barbarie había ahogado en un comienzo. Las conquistas bárbaras pueden conducir al florecimiento de una civilización, sin que por ello, ciertamente, esas barbaries originarias deban ser justificadas retrospectivamente, ni recubiertas por el olvido.

Existe también una barbarie religiosa, de la que conviene hablar ahora. En la Antigüedad, cada uno de los pueblos del Oriente Próximo tenía su dios de la guerra, despiadado con sus enemigos. Sin embargo, tanto en Grecia como en la antigua Roma, el politeísmo permitió la coexistencia entre diferentes dioses. El politeísmo griego recibió un dios aparentemente bárbaro, violento, un dios de la ebriedad, de la *hybris*: Dionisos. La extraordinaria tragedia de Eurípides, *Las bacantes*, muestra el arribo destructor, la locura desencadenada, de este dios. Dionisos, sin embargo, no resultó por ello menos integrado en la sociedad de los dioses griegos. En el siglo XIX, cuando Nietzsche plantea la cuestión del origen de la tragedia, pone de relieve el doble aspecto que caracterizaba a la mitología griega. Por un lado, Apolo, símbolo de la mesura; del otro, Dionisos, símbolo del exceso. Es esta dualidad y complementariedad de Apolo y Dionisos la que ilustra el fragmento de Heráclito: «Unid lo concordante y lo discordante».

El imperio romano se caracterizaba, antes del cristianismo, por la tolerancia religiosa. Los cultos más di-

versos, y aun las religiones salvíficas, como el culto de Osiris, el culto de Mitra, el orfismo, eran perfectamente aceptables. El monoteísmo judío, y después cristiano, al mismo tiempo que su universalismo potencial, aportaron una intolerancia propia, yo diría hasta una barbarie propia, fundada sobre el monopolio de la verdad de su revelación. En efecto, el judaísmo sólo podía concebir como ídolos sacrílegos a los dioses romanos. El cristianismo, a través de su proselitismo con voluntad universal, sólo podía acentuar esta tendencia. Mientras que el judaísmo tenía la posibilidad de permanecer en el interior de sí mismo en la alianza privilegiada que creía tener con Dios, el cristianismo finalmente buscó destruir a los otros dioses y a las otras religiones. Por otra parte, desde el momento que fue reconocido como la única religión de Estado, hizo cerrar la escuela de Atenas, y puso fin así a toda filosofía autónoma.

Una de las armas de la barbarie cristiana ha sido la utilización de Satán. Bajo esta figura, hay que ver al separador, al rebelde, al negador, al enemigo mortal de Dios y de los humanos. Aquel que no está de acuerdo y que no quiere renunciar a su diferencia ha de estar por fuerza poseído por Satán. Es con tal máquina argumentativa delirante que el cristianismo ha ejercido su barbarie. Por supuesto, no ha gozado de la exclusividad del arma satánica. Hoy se ve cómo Satán regresa más virulento que nunca en el discurso islámico radicalizado.

Por último, el cristianismo triunfante ha suscitado en su seno diversas corrientes de pensamiento, variadas interpretaciones del mensaje de origen. Pero en lugar de tolerarlas, ha reaccionado con la elaboración de una ortodoxia implacable, que denuncia todo desvío como herejía, persiguiéndolas y destruyéndolas con odio, en nombre de la religión del amor.

Estas pocas observaciones muestran que, aun cuando Europa no detenta el monopolio de la barbarie, ha manifestado todas las formas de barbarie propias de las sociedades históricas de las que acabo de hablar. Lo ha hecho de manera más duradera, más integrada, y, sin duda, más innovadora. Esta innovación en la barbarie está vinculada a la formación de las naciones europeas modernas: España, Francia, Portugal, Inglaterra. Las naciones son profundamente diferentes de los imperios y de las ciudades-estado. En primer lugar, reúnen más poblaciones diversas que las ciudades-estado —una nación como Francia, por ejemplo, integra una notable diversidad de etnias—. Y la verdadera diferencia con el imperio se debe a la actividad integradora del Estado-nación que unifica en una identidad nacional común sus elementos diversos.

Un caso ejemplar es el de España, donde en la zona islámica, Al Andalus, la regla era la tolerancia para cristianos y judíos, y en la zona cristiana, hasta 1492, la tolerancia para judíos y musulmanes. ¿Qué ocurrió en ese

año inaudito, 1492? No sólo el descubrimiento de América y el comienzo de la conquista del Nuevo Mundo. Es también el año de la caída de Granada, el último bastión musulmán en España, y casi inmediatamente después, del decreto que obligaba a los judíos y a los musulmanes a elegir entre la conversión y la expulsión. Esta invención europea, la nación, se construyó entonces, en un principio, sobre la base de una purificación religiosa.

Progresivamente, esta purificación tenderá a adoptar un carácter étnico. Siempre en España, a comienzos del siglo XVII, dos siglos después del decreto que constreñía a los judíos y musulmanes a elegir entre conversión y expulsión, se encontraba, especialmente en Andalucía, una fuerte población morisca. Se trataba de moros oficialmente convertidos al catolicismo, pero que continuaban practicando sus creencias en el interior de grandes propiedades privadas. Los latifundistas, los señores propietarios, los toleraban o cerraban los ojos. En alguna barraca transformada con simpleza en mezquita, se podía practicar un resto de culto musulmán. Para la Inquisición, esto resultó intolerable. Hagamos notar que ésta no profesó el principio de una purificación étnica. Perseguía a los judeoconversos que «judaizaban» en secreto como también a los moriscos que «islamizaban» del mismo modo. Pero una vez que había podido establecer la sinceridad de su fe cristiana, les reconocía todos los derechos de los cristianos. Bajo el impulso de una nueva presión de intolerancia, se llegó a la expulsión de los mo-

riscos. Se separaba a las mujeres de sus esposos que eran expulsados y embarcados con rumbo al norte de África. Se pasó de la purificación religiosa a la purificación étnico-religiosa. En una parte de la aristocracia y de la burguesía española, se desarrolló la tendencia a querer imponer la *limpieza de sangre*, la pureza de sangre, lo que ya era una noción racial, racista. Los monarcas españoles finalmente no dieron curso a esta imposición y la pureza de sangre nunca se volvió oficial. Debo precisar que en verdad la Inquisición nunca había sido defensora de esta idea. Ella sólo buscaba verdaderamente la pureza religiosa, pero esta pureza había empezado a asociarse con otra, una intolerancia empezó a despuntar bajo la otra.

Volveré luego sobre una consecuencia de esta tentativa de purificación religiosa en España, consecuencia subterránea pero muy profunda, caracterizada por el fenómeno de los *conversos*, llamados peyorativamente *marranos*.

Para terminar, señalemos que la intolerancia religiosa española se desató con la conquista de América, y tuvo como consecuencia la destrucción de todas las religiones precolombinas.

Por cierto, se puede considerar que el principio de la purificación religiosa ya estaba en germen con el triunfo del cristianismo en el imperio romano. Pero de hecho este principio conocería un notable fortalecimiento con el surgimiento del Estado-nación. Hasta tal punto que las guerras de religión que se desencadenarán en el siglo

XVI, como consecuencia de la reforma de Lutero y de Calvino, serán guerras civiles antes de ser guerras entre naciones. Concluirán en la paz de Westfalia, que acentuó la tendencia dominante de cada nación a la purificación religiosa. Estos tratados instauraban la religión del príncipe como religión del Estado, principio importante para Alemania, que se había dividido en principados. En Inglaterra, el anglicanismo se constituirá sobre la base de la expulsión del catolicismo y muchos católicos debieron emigrar a Livorno o a Francia en el siglo XVI. Existió una excepción francesa, provisoria, el edicto de Nantes, firmado en 1598 por Enrique IV. Provisoria, porque bajo Luis XIV, el edicto se vio severamente limitado por las crueldades de los soldados que perseguían a los protestantes para que se convirtieran y les imponían restricciones que afectaban a todos sus derechos. Como ustedes saben, el edicto de Nantes será revocado en 1685, y a esta revocación seguirán numerosas consecuencias trágicas.

En las ciudades de los Países Bajos, que no estaban organizadas bajo el principio de nación, la tolerancia religiosa persistió; especialmente en Ámsterdam, donde incluso era posible no practicar religión alguna. Calvinistas, luteranos, católicos y judíos coexistían. Spinoza, después de que lo excomulgara la sinagoga, no se adhirió a ninguna religión y pudo continuar con su vida en total independencia. Como una consecuencia de este estado de cosas, fue en Ámsterdam que se imprimieron

muchos de los libros que la censura prohibió en Francia hasta fines del siglo XVIII.

Uno puede pensar que estos fenómenos de purificación han sido las enfermedades infantiles de las naciones occidentales modernas. Pero estas mismas naciones sabrán producir el antídoto contra este veneno. Inspirada por la Ilustración, una nueva concepción de la Nación surge a partir de la Revolución Francesa. El 14 de julio de 1790, un año después de la toma de la Bastilla, delegados de todas las provincias de Francia acuden a la gran fiesta de las federaciones, expresando así su común intención de formar parte de la gran nación: una nación como Francia está concebida como producto de una voluntad común. La idea de un espíritu común y de una voluntad común se desarrolla, impulsada en el siglo XIX por pensadores como Renan, para quien «la existencia de una nación es un plebiscito cotidiano». Esta idea se afirma en contra de las teorías de filósofos alemanes como Herder y Fichte, quienes insisten más bien sobre el suelo, la lengua y la cultura para definir una nación. Esta oposición se reencuentra en el diferendo franco-alemán sobre Alsacia y Lorena. Para los franceses, Alsacia y los alsacianos eran franceses, por el espíritu francés del que eran portadores; los alemanes sostenían por su parte que los alsacianos eran de etnia y cultura alemanas, y por lo tanto alemanes.

En todo caso, fuertemente inspirada por la concepción revolucionaria, se instaura una cierta idea moderna

de la nación: la integración de etnias diferentes a través de la educación, la laicidad, los medios de comunicación, el desarrollo de las rutas y de los ferrocarriles, pero, no hay que olvidarlo, también a través de las guerras. Las guerras son integradoras porque unen en el odio del enemigo a las etnias más diversas en el seno de una comunidad patriótica. Consideremos a los bretones: la conciencia de un habitante del Finistère se definía, y en cierta medida todavía se define, en relación con la de un habitante de Cap Sizun, es decir, en relación con el pueblo vecino. Cuando entra en el ejército, oye que le dicen «el bretón». Una identidad que le resultaba lejana y abstracta se vuelve concreta y, por sobre todo, descubre una parte de esta complejidad que lo constituye: es bretón *y* francés. Las guerras han contribuido así a la integración.

Por supuesto, Europa no se liberó tan fácilmente de las cuestiones étnico-religiosas y de sus lazos con una cierta concepción de la nación. El problema de Irlanda del Norte, que está a punto de resolverse, lo demuestra suficientemente. Hoy se plantean también los problemas del País Vasco y de Córcega, aunque sin duda son periféricos y secundarios.

El siglo XX nos ha permitido medir la barbarie producida por la idea de nación cuando ésta reposa sobre una voluntad de purificación étnica. Por cierto, no se puede reducir la nación a sus efectos bárbaros, porque ella es también un operador de integración entre las et-

nias. Pero hay que señalar que el siglo XX inventó la monstruosidad de la nación monoétnica. En el seno de los imperios que reinaban en Europa central y oriental a comienzos del siglo XX, austro-húngaro, otomano, zarista, operaban fuerzas de integración y de entendimiento entre los pueblos. En el imperio otomano, por ejemplo, se ejercía una tolerancia religiosa y no prevalecía una voluntad encarnizada de convertir. El modo de gobierno, que hacía que los impuestos fueran recaudados por la autoridad religiosa, permitía a los judíos y a los católicos coexistir en una misma ciudad. Sarajevo es el ejemplo extraordinario de la reunión de los católicos croatas, de los ortodoxos serbios, de los judíos sefaradíes y de los eslavos convertidos al Islam. Este carácter multiétnico, esta mezcla de culturas que nos parece un rasgo positivo del imperio otomano, se reveló desastroso después de su desmantelamiento. En cuanto al imperio austro-húngaro, antes del primer conflicto mundial se encaminaba poco a poco, a pesar y a causa de todas las disensiones y descontentos de sus numerosos pueblos, hacia el reconocimiento de una cierta autonomía y coexistencia pacífica de las nacionalidades: húngaros, checos, croatas. Desgraciadamente, la voluntad de los vencedores en 1918, y especialmente de Francia, provocó la dislocación de estos equilibrios. Clemenceau estaba persuadido de que el conjunto austro-húngaro era un bastión del catolicismo. Los vencedores impusieron la constitución de naciones que, por el hecho de la explosión del imperio y

de las divisiones arbitrarias, se encontraron bruscamente sumergidas en la lógica multiétnica de las naciones modernas (Serbia y Grecia, por su parte, ya se habían emancipado en el siglo XIX). Ahora bien, cada una de estas naciones, aunque incluyeran importantes minorías étnicas y religiosas, quiso concebirse bajo una forma monoétnica.

El historiador Toynbee, que presenció la guerra greco-turca de 1921, calificaba de «desastre» la importación de la idea occidental de nación en estas regiones. Una doble purificación étnica turca y griega se estaba produciendo entonces. Los turcos expulsaron a las importantes poblaciones griegas de Asia Menor, que se encontraban allí desde la Antigüedad, y las deportaron a Macedonia. Por su parte, las poblaciones turcas de Macedonia fueron deportadas a Turquía.

En 1990, no cabían dudas de que la nación yugoeslava no había completado su proyecto de integración de los pueblos que la constituían, pero ese proceso estaba en marcha. Es verdad que había sufrido una dictadura y que podía considerarse que la nación era impuesta por el totalitarismo, un totalitarismo sin embargo temperado después de la ruptura con la URSS. Esta nación inacabada se dislocó en tres naciones con el desencadenamiento de una barbarie guerrera y cruel. El objetivo de depuración étnica fue tanto de los serbios como de los croatas, que expulsaron importantes poblaciones serbias. En Sarajevo, aún se conservaba un cierto carácter

multiétnico con los serbios que desempeñaban un papel importante en el poder, la prensa, etc. Este mal de la purificación se reencuentra, por cierto de manera pacífica, en el proceso de separación entre los checos y los eslovacos.

No hablo aquí expresamente de la purificación nazi, objeto de mi tercer capítulo, que puede ser considerada como la cúspide de la obsesión purificadora de una nación y que desgraciadamente se enraíza en la historia europea. Sin embargo, conviene advertir que después de la victoria de los aliados en 1945, pueden observarse fenómenos de purificación de las poblaciones alemanas, deportadas de una Silesia que se había vuelto polaca, y de unos Sudetes que ahora eran checos. Los mismos polacos fueron deportados de las zonas ucranianas anexadas por los soviéticos. Y aún existen, en nuestras naciones occidentales, minorías que están convencidas de que la presencia extranjera de emigrados naturalizados contamina la identidad nacional. La xenofobia, el antijudaísmo persisten a pesar de la integración europea. Los nacionalismos chauvinistas, fundados sobre la idea de pureza, no están muertos. En Austria, el movimiento de Haider, los movimientos neonazis en Alemania, en Holanda, en Francia, parecen marginales, minoritarios, pero pueden ganar importancia en caso de crisis. Basta con pensar que durante la gran crisis de 1929, que tan brutalmente golpeó a Alemania en 1931, un pequeño partido, el partido nazi, que en tiempos normales nunca

podía esperar superar el 15 o el 18 por ciento de los votos, pudo llegar al 35 por ciento.

Las tendencias bárbaras coexisten con las tendencias civilizadoras. De la misma manera que en el seno de los imperios, donde reinaba la barbarie de las conquistas guerreras, nacieron formas refinadas de civilización, del mismo modo en el seno de las naciones, coexistiendo con sus tendencias depuradoras, se observa un florecimiento de las artes, de la cultura, del conocimiento. Así la España depurada del Siglo de Oro produjo a Lope de Vega, Calderón, Góngora y una pléyade de grandes artistas. De igual manera que la Francia «purificada» según la revocación del edicto de Nantes es de todas maneras el país de los grandes autores clásicos. Nunca olvido este doble aspecto, es decir, de hecho, la complejidad de la civilización.

Paso ahora a eso que acabo de llamar la «barbarie de las conquistas guerreras». Es milenaria, pero ha encontrado sus formas modernas con el colonialismo. Para simplificar, se puede considerar que comienza con las conquistas de Alejandro. Sin embargo, éstas no fueron, hablando propiamente, bárbaras. Alejandro respetaba los dioses de las diferentes civilizaciones que había conquistado. En cada ciudad, casaba a centenares de sus soldados con mujeres naturales del país, lo que preparaba así una civilización mestiza. Pero el caso de Alejandro

sigue siendo excepcional. Los otros grandes conquistadores son terribles. Gengis Khan, el conquistador mongol del siglo XII y comienzos del XIII, sembró la muerte y la destrucción tanto en Oriente, en China, como en Occidente, al crear un imperio desmesurado. Pero estos imperios desmesurados no pueden durar. Precisamente porque son desmesurados carecen de factor de integración. El de Gengis Khan sólo duró un siglo. Tamerlán (1336-1405), un siglo más tarde, construyó un imperio formidable que pronto dividió entre sus cuatro descendientes.

Las conquistas que emprendieron las naciones europeas fueron de otro tipo y, sobre todo, resultaron duraderas. Fueron favorecidas por la superioridad militar que les daban las armas de fuego. Así, en Perú, un pequeño grupo de caballeros y de hombres armados hizo que se derrumbara un gigantesco imperio que se extendía desde el norte del ecuador hasta el sur de Chile. La conquista de México fue más complicada. De alguna manera Cortés se sirvió de la estrategia del mestizaje. Se alió a naciones sometidas por los aztecas, descontentas de pagarles a estos últimos su tributo y, sobre todo, de entregarles sus adolescentes para los sacrificios. Se ha podido decir que México fue conquistado por los mexicanos. El pequeño grupo de Cortés —y él mismo se había unido a una mujer india, la Malinche—, logró beneficiarse, después de diversos episodios, con la ayuda de esas poblaciones. No es menos cierto que esta conquis-

ta fue animada por una codicia y un fanatismo sin parangón.

Esta codicia se nutría del mito de El Dorado. Al encontrar una delgada capa de oro sobre los muros de los templos de Cuzco en Perú, los conquistadores esperaron descubrir las fuentes fabulosas del metal, como lo ilustra ese filme tan hermoso de Herzog, *Aguirre o la ira de Dios*. El fanatismo religioso no era menor: los ídolos incas fueron abatidos, destruidos. Por lo demás, la conquista provocó, además de las masacres que no faltaron, una mortalidad catastrófica, tanto en México como en Perú. Se debió a la importación de enfermedades europeas, como la tuberculosis, contra las cuales las poblaciones locales no estaban inmunizadas. En lugar de bienes culturales, intercambiaron virus y bacterias. A cambio de la tuberculosis, la sífilis ganó Occidente y, por la ruta de las caravanas, llegó hasta China. También el alcohol provocó estragos. Después de seis u ocho mil años, la selección natural había eliminado en el Viejo Continente a los organismos que no se fortalecían por el alcohol. No era el caso de las desgraciadas poblaciones de América del Norte. Otra causa de la mortalidad masiva fue por cierto la esclavitud. Las poblaciones indígenas fueron sobreexplotadas para extraer la plata de las minas de Potosí y hacer llegar a España los galeones cargados de oro y plata.

Frente a semejante baja demográfica, los conquistadores recurrieron a la trata masiva de los negros. La es-

clavitud de los negros fue un hecho en el que participó la casi totalidad del continente americano. Como ustedes saben, la persistencia de la esclavitud en los estados del sur de los Estados Unidos fue una de las causas de la Guerra de Secesión. En Francia, la esclavitud en las colonias será abolida recién en 1848 gracias a Victor Schœlcher. Sin embargo, perdurará de manera residual. En cuanto a la colonización, no desaparecerá hasta fines del siglo XX. Entre tanto, se desató la colonización inglesa y francesa, pero también alemana y portuguesa, sobre todo en África. André Gide, durante su viaje al Congo, informó sobre la manera atroz en la que eran prácticamente sometidos a la esclavitud los negros que trabajaban en el ferrocarril Congo-Océano. Esta barbarie colonialista, de una extrema brutalidad, continuará manifestándose en Francia en pleno siglo XX, tal como lo demuestra la masacre de Sétif, cometida el mismo día del fin de la guerra, el 8 de mayo de 1945, y las numerosas atrocidades durante la guerra de Argelia.

A fin de cuentas, se observa una explosión de cinco siglos de barbarie europea, cinco siglos de conquistas, de reducción a la servidumbre, de colonización. Por cierto, hay que decirlo nuevamente, la barbarie se vio acompañada por efectos de civilización, e incluso los ha inducido. En el curso de esta mundialización de la barbarie europea, hubo mestizajes de culturas, intercambios, contactos creadores. En la actualidad vemos cómo

se polemiza sobre una directiva ministerial que pretende que en los manuales de historia se indiquen las características positivas de la colonización francesa en Argelia y en las otras antiguas colonias de África. La verdadera cuestión es saber si estas características positivas están en primer plano o son sólo fenómenos secundarios. Tal interrogante debería ser reubicado en un marco general. Habría que subrayar la ambivalencia, la complejidad de lo que es barbarie, de lo que es civilización, por cierto no para justificar los actos de barbarie, sino para comprenderlos mejor y así evitar que nos posean ciegamente.

Querría terminar refiriéndome a otra forma de barbarie que aún hoy perdura. Las sociedades históricas de las que hablé se constituyen eliminando progresivamente a las pequeñas sociedades arcaicas que las han precedido. Pero es con el auge mundial de la civilización occidental que se opera la destrucción genocida de la humanidad arcaica y de los pueblos sin Estado. En Tasmania, la población indígena ha sido aniquilada. En Australia, hoy es residual. En América del Sur, en el sur de Chile, los alakalufes, el pueblo de los nómades del mar, que acogían a los navegantes cuando pasaban en los siglos XVII o XVIII, ha sido aniquilado. En América del Norte, las poblaciones indias, después de haber sido burladas —los tratados que habían firmado con la autoridad política no fueron respetados—, hoy están inmovilizadas, en reservas que son como guetos. La asocia-

ción Survival International defiende sus derechos, y lo hace muy activa y justamente. En Asia, los habitantes de las montañas de la península Indochina ya han sido reprimidos por los pueblos dominantes. En África negra, la población de los bantúes ha avanzado sobre los bosquimanos, y prácticamente los ha exterminado. Grandes zonas de la selva virgen amazónica sufren hoy un proceso de destrucción, que condena a los últimos pueblos independientes a exiliarse en los suburbios miserables de las metrópolis o a desaparecer. La barbarie continúa y sin embargo hay que destacar la resistencia contra esa barbarie, como la de quienes en Brasil crearon asociaciones de lucha para la salvaguarda de las poblaciones indígenas y de sus derechos.

La barbarie conquistadora europea no termina, lo repito, con el fin de la Segunda Guerra Mundial. En lo que toca a Francia, no se acaba más que con la guerra de Argelia, y termina más tarde para Portugal con Angola y Mozambique. Las naciones de Europa dejaron de ser naciones coloniales. Igualmente, en lo que concierne a la barbarie depuradora, las naciones europeas renuncian de a poco, gracias a la constitución de un espacio europeo, al nacionalismo basado en la pureza étnica. Estamos entonces en una época donde la barbarie europea está en fuerte regresión y donde los antídotos culturales europeos, que han desempeñado un papel importante en esa regresión, podrían permitir definir a Europa.

2

LOS ANTÍDOTOS CULTURALES EUROPEOS

Acaso pueda parecerles que estoy dando a mi exposición una forma de fresco histórico demasiado apresurado. Sin embargo, el hilo histórico que sigo no es para mí un medio de exposición cronológica del fenómeno de la barbarie, sino un medio para su comprensión.

En el siglo XVI se opera una profunda metamorfosis de Europa occidental. Asistimos a la vez a un auge económico, a un esplendor de las ciudades, y a la formación de las naciones modernas. El Renacimiento da nueva vida a la herencia de la Antigüedad griega y latina, en especial a la griega, encerrada hasta entonces en el interior del discurso teológico. Dicho de otro modo, este retorno de Grecia puso fin a la sujeción teológica, y produjo una autonomización del pensamiento, lo que permitió el auge de la filosofía y de la ciencia modernas. Por cierto, existía un pensamiento racional en el seno de la teología y especialmente en el tomismo, pero quedaba bajo el control religioso. La ciencia se desarrollará entonces mar-

chando sobre cuatro piernas: el empirismo, la racionalidad teórica, la verificación y la imaginación. El Renacimiento es también la época del desarrollo de las humanidades, de una cultura fundada en la integración de la cultura griega y de la cultura latina. En esta época, muchos pensadores se caracterizaban por un espíritu enciclopédico, conocían el árabe, el hebreo, el griego, el latín.

Fue en el curso del Renacimiento que tuvo lugar la gestación del humanismo europeo. A la pregunta de cuál es la esencia del humanismo, caben dos tipos de respuestas absolutamente divergentes. Una respuesta del primer tipo es, por ejemplo, la del filósofo polaco Leszek Kolakowski. Según él, el humanismo europeo bebe en la fuente del judeo-cristianismo: en la Biblia, Dios ha hecho al hombre a su imagen y, en los Evangelios, Dios se encarna en un ser humano. A lo que el filósofo checo Jan Patocka objeta que la fuente del humanismo europeo es griega, porque es en el pensamiento griego que el espíritu humano y su racionalidad afirman su autonomía. En la ciudad democrática de Atenas, la diosa Palas Atenea no gobierna, sólo protege; éste es el significado de la democracia: los ciudadanos responsables tienen en sus manos el gobierno de la ciudad.

Es posible pensar que de hecho las dos fuentes no son excluyentes y que ambas se han unido para crear el humanismo europeo. Es cierto que la primera fuente, en la que el hombre está hecho a imagen y semejanza

de Dios y en la que Dios se hace hombre, si bien promueve el respeto por la vida humana, también conducirá a un antropocentrismo ingenuo y será fuente de megalomanía. Liberado de Dios, el hombre ocupará el lugar de sujeto y centro del universo. Es preciso indicar, también, como corriente que irriga al humanismo europeo, el mensaje del propio Jesús, al que no menciona ninguno de estos autores. Es un mensaje que habla de compasión y de perdón. De esta palabra se desprende un espíritu de fraternidad que se unirá a la racionalidad griega: algo afectivo que se enlaza al carácter frío de la racionalidad para formar el humanismo europeo.

Este humanismo tiene dos rostros, uno dominante, el otro fraternal, lo que provocará una confusión importante sobre el término, en especial en el siglo XX. El primer rostro del humanismo, el que se revela ilusorio por no decir delirante, coloca al hombre en el lugar de Dios, de hecho el único sujeto del universo, y le da la misión de conquistar el mundo. Es la misión que Descartes confiere a la ciencia: hacer del hombre el dueño y señor de la naturaleza. Retomado sucesivamente por Buffon y por Karl Marx, el mensaje cartesiano de la omnipotencia prometeica recién cae hecho pedazos a partir de 1970. De ahí en más, advertimos que el dominio de la naturaleza, que de suyo no admite control, conduce a la degradación de la biosfera y, por consiguiente, a la degrada-

ción de la vida y de la sociedad humanas: este tipo de dominio tiene un carácter suicida.

Por otra parte, ahora adquirimos conocimiento y conciencia de la pequeñez del planeta Tierra en el sistema solar, de la pequeñez del sistema solar en la Vía Láctea, de la pequeñez de nuestra galaxia en el universo. Debemos entonces enfrentar el segundo rostro del humanismo, el que preconiza el respeto de todos los seres humanos, sea cual sea su sexo, su raza, su cultura, su nación.

De hecho, si este humanismo es válido en principio para todos los hombres, el Occidente europeo previamente lo había restringido sólo a sus habitantes, considerando a los otros pueblos como subdesarrollados, arcaicos, primitivos. Lucien Lévy-Bruhl, por ejemplo, consideraba que los primitivos eran seres infantiles y místicos, prisioneros del pensamiento mágico. Olvidaba que existe una racionalidad en toda forma de civilización, aunque más no fuera en la fabricación de herramientas, en la utilización de las armas, en la práctica de la caza. En toda sociedad, coexisten un pensamiento racional, técnico y práctico, y un pensamiento mágico, mítico y simbólico. Lo mismo ocurre con la nuestra. Indicarlo me parece de una importancia extrema.

En su segundo rostro, el humanismo se vinculó al desarrollo de la racionalidad crítica, y aun autocrítica. Se

lo ve, por ejemplo, en el *Elogio de la locura* de Erasmo, expresado evidentemente bajo formas prudentes. En el resto de su obra, Erasmo, aunque un espíritu muy tolerante, se mostraba extremadamente reservado tanto respecto de la autoridad católica como del luteranismo.

En la emergencia de la racionalidad autocrítica, merece destacarse la importancia mal conocida del marranismo. Los marranos eran de hecho en su mayoría de origen judío, ya que muchos musulmanes habían retornado al Maghreb tras la caída de Granada. Entre los judíos conversos, algunos quedaron en España y otros se instalaron en los Países Bajos. A su vez, existen dos tipos de marranos. Los primeros olvidaron su ascendencia y se volvieron cristianos. Los segundos guardaron secretamente la fe y la identidad judías. Éste fue el caso del doctor Fernando Cardoso. Hombre del siglo XVII, poeta cortesano, amigo de los grandes dramaturgos, autor de poemas, en especial uno sobre la erupción del Vesubio, en apariencia está perfectamente integrado. Sin embargo, realiza un viaje a Venecia, ve a las autoridades del gueto, y les pide que lo reconozcan como judío. Obtenido esto, que las autoridades le conceden a condición de que sea el médico de los pobres, escribe allí un libro que será impreso en Holanda, *De la excelencia de los judíos*, para demostrar que la ley de Moisés es superior a la de Cristo.

Y aún existe un tercer rostro del marranismo, nacido a partir de una doble identidad, del sentimiento de per-

tenecer a dos modos de existencia diferentes, a dos comunidades antagonistas. El choque de las dos religiones contrarias es como el encuentro de dos partículas que se golpean y se destruyen la una a la otra para formar un conjunto nuevo. Estos casos son raros, pero notables. Bartolomé de las Casas, por ejemplo, que tiene una ascendencia de *converso*, hizo que la jerarquía católica aceptara la idea de que los indios de América eran humanos y tenían un alma. La Iglesia se rehusaba a admitirlo: ¡cómo considerarlos hombres si Jesús no se había desplazado nunca hasta América del Sur! Las persecuciones de las que fue testigo Bartolomé de las Casas le inspiraron compasión, y él se remitió a la fuente paulina: «No hay hombres ni mujeres, ni judíos ni griegos, ni hombres libres ni esclavos, vosotros sois todos uno en Jesucristo» (Epístola a los Gálatas). Desgraciadamente, por falta de oportunidad, Bartolomé de las Casas puso entre paréntesis la suerte de los africanos víctimas de la trata. La trata de los negros comenzó efectivamente desde 1502 en la isla de Hispaniola.

El otro caso que conviene citar es el de Montaigne. Se asombrarán de oír que lo califique como marrano, porque todo el mundo lo conoce como gascón, pero una cosa no quita la otra. Se sabe, según fuentes seguras, que la familia materna, los Loupe, desciende de los López, de quienes se encontraron huellas en España. Parecería extraño que esta unión, en una época en la que los matrimonios eran arreglados, no haya sido hecha entre dos

descendientes de marranos, aun cuando no se sepa nada de la familia paterna. Es interesante anotar que, en los *Ensayos*, las referencias principales son griegas y latinas, excluyendo casi las referencias a los Evangelios, y en definitiva a todos los textos religiosos. Una carta, escrita a su padre para narrarle la muerte de su amigo, La Boétie, cuyos ritos fúnebres habían seguido la liturgia católica, es bien extraña. Al final, La Boétie dice con voz firme: «Muero en esta fe que Moisés ha plantado en Egipto, que de allí transportó a Judea y que nuestros padres han transmitido hasta nosotros». Pregunté a los especialistas en La Boétie qué podía significar esto, pero no me pudieron responder.

Lo que importa es que ese marrano que es Montaigne constituya un fenómeno verdaderamente excepcional en una época de guerras de religión. Lo es por su escepticismo y por su rechazo de considerar a los amerindios como inferiores. «Aquellos a quienes se llama bárbaros —escribe— son seres de una civilización diferente de la nuestra.» Añade: «Encuentro [...] que no hay nada salvaje y bárbaro en esta nación... sino que cada uno llama barbarie aquello que no entra en sus costumbres». Uno de los aspectos de la barbarie europea fue el de tratar de bárbaro al otro, al diferente, en lugar de celebrar esta diferencia y de ver en ella la ocasión de un enriquecimiento del conocimiento y de la relación entre los humanos. Montaigne representa un pensamiento de una libertad inaudita que ha sabido emanciparse de los prejuicios

bárbaros de su tiempo. Pienso que la fuente de su libertad está en esa libertad interior de un espíritu que se mueve más allá del judaísmo y más allá del cristianismo. No sufrió el antagonismo entre judío y cristiano, musulmán y judío, fiel e infiel. Por cierto, los orígenes marranos de Montaigne podían ser muy lejanos y es más bien el espíritu del marranismo lo que florece en él. Si es extremadamente prudente en el plano político, lo es dentro de la línea de su ética de tolerancia. De hecho, sostiene al rey en todos los esfuerzos de moderación que despliega para evitar una guerra de religión.

Me gustaría abordar también el caso de Spinoza. En su obra, es expulsado el Dios exterior, que sin embargo seguirá muy presente en Descartes o en Newton, y se adopta la idea de un mundo autoengendrado, «causa de sí», como dice Spinoza, idea que se impondrá en el pensamiento europeo recién a partir de Hegel. Como lo indica la célebre fórmula *Deus sive natura*, la fuerza creadora está en la naturaleza. Esto puede entenderse de la siguiente manera: Dios o, si prefieren, la naturaleza: yo no hago diferencias. En Spinoza, la razón es soberana, pero no se trata de una razón fría y helada, es una razón profundamente compasiva, «amante» si se puede decir. Rechaza la idea de pueblo elegido, que según él es inactual, y así laiciza la identidad judía, y, más allá del cristianismo, reencuentra los lazos con la idea de universalidad. Se reencuentra en él el mismo espíritu de independencia que en Montaigne. Vivió por cierto en la Ámsterdam to-

lerante de entonces, pero no por ello escapó a los ataques de la intolerancia. Expulsado de la sinagoga, escapado por poco de un atentado contra su vida, debió vivir en una semimiseria.

No se puede negar el acierto de los inquisidores españoles cuando consideraban que el marranismo era una fuente de escepticismo y de racionalismo. Los casos abundan en el siglo XVII. El *Don Quijote* de Cervantes, por ejemplo, está marcado por una doble ironía: la crítica de lo imaginario por la realidad, encarnada por el ojo crítico que Sancho dirige a Don Quijote, pero también la crítica de la realidad prosaica por lo imaginario, fuente de poesía, que encarna el caballero errante. Don Quijote anuncia así el desencantamiento del mundo moderno, descrito por Max Weber dos siglos más tarde. Aunque Sancho y Don Quijote sean inseparables, no hay reconciliación posible entre sus dos universos: es por ello que esta obra no ha perdido su fascinación, y surge como un aerolito en el universo de la literatura y de lo novelesco.

De esta manera, el humanismo se desarrolla en la confluencia del mensaje griego revitalizado en la Italia del Renacimiento y que se desarrolló en los otros países occidentales con excepción de España. Pero incluso a partir de esta España donde el mensaje ha sido excluido, surgió subterráneamente a partir del mensaje de aquellos a quienes podemos llamar los posmarranos, que alimentaron y afirmaron un humanismo en un espíritu de laicidad y de universalidad.

También sería interesante evocar un fenómeno que apareció en el imperio otomano, y que deriva del posmarranismo: el movimiento mesiánico de Sabbatai Tsevi. Antes de que lo presentaran como nuevo Mesías, Sabbatai Tsevi se había convertido al Islam. Sus discípulos mantuvieron secretamente el culto de este mesías judío aun cuando oficialmente eran musulmanes conversos. A estos conversos se les daba el nombre de *dönme* («los que se dieron vuelta»). Eran bastante influyentes en Estambul. En el siglo XIX, crearon escuelas laicas. En estas escuelas se formaron los jóvenes oficiales turcos y Mustafá Kemal, que en la década de 1920 debía establecer el laicismo. Este episodio también demuestra que los desvíos de la historia son totalmente curiosos, pero sobre todo coloca nuevamente en un primer plano la virtud emancipadora del espíritu marrano. Los sabateos, al separarse de la ley judía y adoptar un islamismo superficial, se liberaban a la vez de la una y de la otra. Por lo que se los puede inscribir en el movimiento del humanismo europeo.

Esta tradición del humanismo europeo, su parte de autocrítica, se expresa muy bien en las *Cartas persas* de Montesquieu, y se va a perpetuar hasta Claude Lévi-Strauss. Montesquieu se imagina a unos persas que llegan a Occidente y consideran a los franceses como seres exóticos, lo que constituye una actitud típica de la racionalidad autocrítica: considerarse a sí mismo como objeto de curiosidad y de crítica. Voltaire da otro ejemplo de

ello en su *Discours aux Welches*. Desgraciadamente, la racionalidad autocrítica es un aspecto que siguió siendo menor en la tradición occidental. En el siglo XVIII, en la época de la Ilustración, la racionalidad es eminentemente crítica y se dirige en primer lugar contra las religiones, consideradas como tejidos de fábulas y de supersticiones. Esta crítica es reduccionista. No llega a ver lo que Marx hará valer más tarde, el hecho de que la religión es como el suspiro de la criatura desdichada, el sesgado medio por el que se expresan las aspiraciones humanas más profundas.

El espíritu humanista de la Ilustración va a encontrar su formulación en la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, un mensaje que era mucho más el de la aristocracia ilustrada que el de la burguesía, según demostró François Furet. En la noche del 4 de agosto, son los aristócratas mismos quienes abandonan sus privilegios.

La razón, en esta época que marca su triunfo, exhibe rostros sin embargo diferentes. La razón científica construye teorías. Pero estas teorías, aparentemente fundadas sobre datos coherentes, pueden verse viciadas por la «racionalización», por una visión demasiado lógica que sólo retiene aquello que la confirma. Laplace, por ejemplo, inyecta la racionalización en el seno mismo de la ciencia. Propone una cosmovisión enteramente determinista, en un marco que, por supuesto, ya es totalmente laico: supone que un demonio dotado de poderes supe-

riores sería capaz no sólo de conocer todos los acontecimientos del pasado sino de anticipar todos los del futuro. Cuando Napoleón le pregunta: «¿Y qué hace usted con Dios?», Laplace le responde: «Majestad, no necesito esa hipótesis». La concepción de Laplace era una racionalización extrema de la racionalidad newtoniana. En la actualidad, nos hemos dado cuenta de que no todo en el universo puede ser sometido al determinismo. Esto prueba que existe una racionalidad crítica que evita las trampas de la racionalización, una racionalidad autocrítica que asocia razón, conocimiento y autoexamen del sujeto. Las enfermedades de la razón no se deben a la racionalidad en sí misma, sino a su perversión en la racionalización y a su cuasideificación.

La instrumentalización de la razón, colocada por ejemplo al servicio de fines totalmente irracionales y bárbaros como la guerra, participa de otro tipo de racionalización. De hecho, lo que hay que ver por detrás de todas las racionalizaciones es, además de la ausencia del pensamiento crítico y autocrítico, el olvido de lo que Rousseau llama la sensibilidad y que es el olvido de nuestra propia naturaleza. Presente en Rousseau, la naturaleza ha permanecido ignorada por la Ilustración. Todo cambia con el romanticismo.

El primer romanticismo es una repoetización del universo; responde a una nostalgia de la comunidad, una idealización de la Edad Media. Pero esta nostalgia del pasado va a mudar, pocos años más tarde, en una aspira-

ción al futuro liberador, que expresan Lamartine y Hugo, quienes obran una simbiosis entre el espíritu romántico y el espíritu de la Ilustración. Lamartine fue uno de los héroes de la revolución de 1848, la que añadió la palabra «Fraternidad» a los primeros términos de la célebre divisa de la Revolución Francesa. Hugo, por su parte, con su espíritu visionario, imagina ya los Estados Unidos de Europa, preludio de los Estados Unidos del mundo. Esta época da nueva vida a los derechos del hombre, derechos de los pueblos, derechos de la humanidad, especialmente bajo la influencia del pensamiento socialista.

En el siglo XIX se opera una especie de fermentación, con Fourier, Leroux, Proudhon, los jóvenes hegelianos, Stirner, el teórico del anarquismo, y finalmente Marx. A Marx debemos una notable síntesis filosófica e intelectual al servicio de ese florecimiento humano que lleva en sí el socialismo —que es una aspiración universalista de mayor libertad e igualdad—. Su pensamiento puede ser calificado de posmarrano, dado que en el corazón de su concepción hay un mesianismo judeo-cristiano laicizado. El mesías transmutó en proletariado industrial, el Apocalipsis en revolución, la salvación terrenal en sociedad sin clases. La mayoría de los marxistas creyó practicar la racionalidad total sin advertir que practicaban una religión de la salvación terrenal. En el seno de esta esperanza socialista se reencuentra la tendencia a la universalidad del humanismo europeo, gracias a la creación de

las Internacionales —aunque por el momento su organización se limite a los países europeos dominantes y a los Estados Unidos de América—. A pesar de todo, la mayor parte del mundo occidental no ha abandonado la idea de que la racionalidad es el privilegio y el monopolio de los occidentales.

Llegamos así a dos ideas complejas. En primer lugar, Europa occidental, hogar de la más importante dominación que haya existido en el mundo, es también el único hogar de las ideas emancipatorias que van a socavar esa dominación. Los portadores de esas ideas emancipatorias se inspiran en el humanismo europeo moderno: intelectuales, militantes y, menos estrechamente, hombres y mujeres de buena voluntad surgidos de diferentes clases de la sociedad. La iniciativa ha sido adoptada por espíritus marcados por las ideas de la Revolución, como Victor Schœlcher, quien en 1848, recordémoslo, decreta la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Estas ideas no sólo van a ser difundidas en las colonias a través de la enseñanza de la cultura francesa, sino que van a ser apropiadas por los portavoces de los países colonizados, y son ellos quienes van a remitir a Occidente a sus propios principios: libertad, derecho de los pueblos, etc. Estas ideas han sido los fermentos de la descolonización. Es entonces en Europa, hogar de la dominación y de la conquista, que se formaron esos antídotos que son las ideas emancipatorias.

La segunda idea clave se refiere a ese proceso que llamo la «era planetaria». Con la conquista de América, y la circunnavegación del globo por los navegantes portugueses y españoles, el planeta entra en un sistema de intercomunicación que va a desarrollarse sin cesar. Si este proceso es inseparable del sometimiento y de la esclavitud, los gérmenes de la descolonización y de la liberación de todas las servidumbres están en su lugar desde un comienzo. Junto a la mundialización del comercio de los traficantes de esclavos y de los mercaderes, se desarrolló una mundialización de las ideas de emancipación que condujeron a la abolición de la esclavitud. Por cierto, esta abolición tardó, y fue difícil alcanzarla. En los Estados Unidos, por ejemplo, las ideas de emancipación también suscitaron la Guerra de Secesión. Del mismo modo, después de la Segunda Guerra Mundial, el movimiento mundial de emancipación acabó por suscitar un movimiento mundial de liberación de los colonizados. La partida de los colonizadores se logró a veces de manera pacífica, como en Túnez o en Marruecos, y otras de manera trágica, como en Argelia. Este proceso culmina con la llegada al poder de Mandela, heredero del pensamiento marxista. Él quiso acabar con la separación de negros y blancos, quiso construir una misma nación para todos. Siguió así una lógica muy diferente de la que encarnaban en Europa oriental los impulsos nacionalistas desprovistos de todo humanismo, impulsos que condujeron a la guerra de Yugoslavia, y a la destrucción de lo que estaba unido.

A menudo, hemos podido observar un proceso de descolonización en dos etapas. Hay una primera descolonización, que no es la obra de los colonizados, sino de los colonos implantados en el país, de las elites de origen europeo, que hacen acceder al país a la independencia, como en Argentina o Brasil. Advirtamos que Brasil, a pesar de la declaración de independencia, conoció la esclavitud hasta fines del siglo XIX. Advirtamos que en América latina se desarrolla una concepción de la nación que es más amplia que la de las grandes naciones europeas y que se alimenta del mestizaje. En Brasil, en Ecuador, en México y en Colombia, los mestizajes son múltiples. Por cierto, son menores en los países andinos, donde las castas de origen blanco mantienen fuera de las zonas de poder a una gran mayoría de la población indígena —lo que por otra parte plantea un problema particularmente agudo—.

Para comprender entonces la mundialización, hay que saber ver el proceso dialéctico que la produce. Una primera mundialización obra bajo la hegemonía de una superpotencia, la España del Siglo de Oro, y hoy los Estados Unidos. A su vez, produce una segunda mundialización que puede parecer que permanece en un segundo plano, que carece del poder de la primera, pero que lleva en sí las esperanzas de emancipación y de humanidad.

¿Qué ocurre en efecto desde 1989? La mundialización del mercado ha conducido al derrumbe del sistema soviético, de su economía burocratizada, así como tam-

bién al abandono de ese tipo de economía por parte de China, de Vietnam, de todos los países comunistas, aun cuando en el poder perdure la dictadura del partido comunista. Eso que fue llamado neoliberalismo se aprovechó del descrédito de las ideas del socialismo real y de las virtudes de la economía socialista. Triunfa la idea de que las autorregulaciones económicas espontáneas bastan para resolver todos los problemas, incluidos los educativos —mientras que el liberalismo clásico no salía del marco de las regulaciones de los Estados—. Actualmente, nos encontramos aún en ese período, marcado por la ausencia de toda verdadera regulación en el nivel planetario. Sin embargo, esta mundialización del mercado suscita una mundialización paralela permitida por el extraordinario progreso de las técnicas de comunicación. De ahora en más, vivimos en la era de la ubicuidad, gracias al fax, al e-mail, al teléfono móvil. Estas nuevas condiciones técnicas y económicas abren una nueva época, una época en la cual las ideas pueden circular a la velocidad de la luz. Ya el derrumbe de la Unión Soviética ha permitido una propagación de las ideas democráticas, no sólo en los países vasallos de la Unión soviética, las ex democracias populares, sino igualmente en América latina y en África. Es la época de la caída de la mayoría de las dictaduras de América latina. Es la revancha de 1789 sobre 1917. Durante décadas, 1789 pareció una pequeña revolución preliminar, de carácter secundario, ya que la verdadera revolución sólo podía llegar a su clí-

max con 1917 y la toma del poder por el partido bolchevique. En el actual mercado de valores, 1917 se derrumbó y las acciones de 1789 subieron.

Estamos en una situación en la cual la segunda mundialización progresa, por cierto a un ritmo diferente de la primera, pero progresa de todos modos. La predicción de Marx reveló ser enteramente admirable, cuando se observa el problema de la cultura, de la literatura, de las artes. Marx odiaba y a la vez admiraba a la burguesía. Veía en ella a la clase que, en uno de sus aspectos, explotaba duramente a una parte de la humanidad, pero que en otro destruía las antiguas relaciones de servidumbre y de feudalidad, lo que creó un espacio donde pudiera desplegarse una literatura mundial. En la actualidad, ¿qué es una literatura mundial? Es el acceso a la literatura de todas las regiones del mundo gracias a los medios de comunicación y de difusión generados por el capitalismo, pero también la creación de artes de un nuevo tipo. No por estar fundada sobre la búsqueda de la ganancia, la industria cultural deja de necesitar originalidad y creatividad. Hollywood, con sus medios casi industriales de realizar films, produjo obras maestras como las de John Ford, mientras que en comparación el cine soviético parece poco creativo. Por desgracia, las necesidades de la producción han aniquilado muchas veces a las de la creación. Orson Welles es un triste ejemplo. En todo caso, no se puede reducir la mundialización económica y mercantil a una homogeneización me-

diocre, porque suscita y ella misma se nutre de una mundialización humanista —sin por ello confundirse con ésta.

Esta dialéctica propia de la mundialización encuentra una formulación casi conceptual en el altermundialismo, que es la emergencia de una mundialización no centrada en los valores mercantiles, y no el «antimundialismo» globalifóbico del que desde hace tiempo hablan los medios. Desde Seattle, en 1999, se ha visto a José Bové expresar la idea de una mundialización alternativa. Con la fórmula: «El mundo no es una mercancía», se trataba de hacer emerger otro mundo y no sólo de salvaguardar las especificidades de los diferentes países. Aun si el altermundialismo todavía se busca a sí mismo, y no llega a formular su propia visión, y a veces se ve desgarrado por luchas de facciones, es un movimiento viviente y activo. Una ciudadanía del mundo nació en la oportunidad de la guerra de Biafra, esa provincia de Nigeria que luchaba por su independencia. Una asociación fue creada: Médicos sin Fronteras, cuya misión era la de atender a los humanos, sin importar su raza ni su religión. Fue un paso capital. Desde entonces, estas organizaciones humanitarias se vieron multiplicadas, y son el testimonio de una nueva conciencia planetaria, en el momento mismo en que declina el espíritu internacionalista, el de la Internacional comunista y la Internacional socialdemócrata.

Estos internacionalismos se hicieron devorar por las naciones. En Francia, la IIª Internacional, tan poderosa en 1914, con un partido socialista francés guiado por Jaurès, quería la paz, como también la quería el partido alemán. Pero desde el comienzo de las hostilidades, la mayoría de los socialistas franceses se reunió en la Unión sagrada contra Alemania, y la mayoría de los socialistas alemanes se reunió en la Unión sagrada contra Francia. Sólo algunos raros espíritus, como Romain Rolland y algunos sindicalistas, pudieron escapar de esta hipnosis nacionalista. La IIª Internacional fue así devorada por la guerra de 1914. En cuanto a la IIIª, la Internacional comunista, se puso al servicio del Estado soviético, el que estuvo cada vez más al servicio de su propio poderío. Los ideales del socialismo internacional se vieron desviados en provecho de un patriotismo que por lo demás fue vital para la salvaguardia de la Unión Soviética. Stalin nombró a la Segunda Guerra Mundial como «la gran guerra patriótica». La IIIª Internacional se hizo devorar por el nacionalismo del imperio soviético. De uno u otro modo, todas estas Internacionales habían descuidado la realidad de las patrias y de las naciones. Habían creído que las naciones sólo eran ilusiones ideológicas y que el Estado nacional tan sólo era un instrumento de la clase dominante. Habían subestimado la profundidad de la nación. Sin embargo, desde el siglo XIX, Otto Bauer intenta construir una teoría de la nación fundada sobre la idea de comunidad de destino, y Stalin mismo, en su juventud, ha-

bía recibido de Lenin el encargo de escribir un libro sobre el marxismo y la cuestión nacional en el que procuraría establecer algunos fundamentos de la nación.

Pero el marxismo ha sido ciego y los revolucionarios mismos, que, según creían, habían barrido con todo en la Unión Soviética, prepararon, sin saberlo, el retorno con toda su fuerza no sólo del nacionalismo ruso, sino también del armenio, uzbeko, lituano. Habían creído erradicar la religión, pero regresó con fuerzas renovadas. Habían creído que liquidando a los burgueses el capitalismo estaba acabado para siempre, y advino un capitalismo peor que el de la época zarista. Esto ilustra lo que yo he llamado «ecología de la acción». Especialmente en política, las acciones pueden ir en un sentido contrario a las intenciones, y producir entonces efectos que las destruyen. Quien ignora la ecología de la acción está condenado a engañarse por largo tiempo.

Las Internacionales no han podido transformarse en conciencia planetaria, y dan prueba de la debilidad del espíritu de ciudadanía mundial.

Yo había propuesto la idea de «Tierra-patria», sabiendo que la palabra de «patria» recubre una mitología muy rica, a la vez maternal y paternal, hasta en sus connotaciones. La noción de patria nos dice que debemos amar esta tierra materna de la que hemos salido y la autoridad paterna del Estado, si es justa. Esta idea todavía no adquirió dimensión planetaria. La globalización tecno-económica creó en el curso del último milenio los

medios que podrían permitir la emergencia de esta conciencia planetaria, afectiva al mismo tiempo que reflexiva. Produjo las infraestructuras de una sociedad-mundo eventual. Para que exista una sociedad, se requieren un territorio y medios de comunicación. Es necesario que haya una economía. Ahora bien, existe un territorio mundial que dispone de innumerables medios de comunicación y de una estructura propia. Lo que hay que deplorar no es la mundialización de la economía, sino el hecho de que no esté regulada institucionalmente. Hace falta entonces una autoridad reguladora legítima de alcance planetario. Desgraciadamente, ustedes saben por dónde andan las Naciones Unidas y el Derecho Internacional... Por otro lado, el proceso tecno-económico que crea las infraestructuras de una sociedad-mundo impide a esta sociedad emerger como tal. Así se desarrolla la lógica de diálogo entre la mundialización económica y la mundialización humanista. Esta lógica de diálogo significa que hay una oposición entre estas mundializaciones y que sin embargo una se alimenta de la otra, al menos en el sentido de que una no puede existir sin la otra.

Esta época de mundialización implica graves peligros. Como siempre, civilización y barbarie vienen asociadas. Asistimos al retorno de violencias étnicas, nacionales y religiosas en una gran cantidad de países y regiones. Algunas de sus manifestaciones pueden hacernos pensar que una guerra de las religiones o una guerra de las culturas, hasta de las civilizaciones, es posible.

Esto muestra nuevamente que la mundialización presenta rasgos contradictorios y divergentes. Asistimos a la vez a una universalización tecno-económica y a resistencias que comprenden el retorno a las religiones y a los cultos particularistas.

Una idea ha empezado a despuntar en las últimas décadas del siglo XX, aunque sus orígenes son antiguos: la de una nave espacial, la tierra, donde navega la humanidad. Esta nave es propulsada hoy por cuatro motores: ciencias, técnica, economía y ganancia, y esos motores no están bien controlados. No me inscribo en un pensamiento binario, y no digo que la ciencia es mala, al contrario, pero digo que ha desarrollado poderes de destrucción inauditos e incontrolados. El desarrollo tecno-económico actual produce la degradación de la biosfera que a su vez arrastra la degradación de la civilización humana. Dicho de otro modo, la nave espacial va hacia una catástrofe sin que nada pueda controlarla.

Todo esto muestra las ambivalencias y las complejidades de esta doble planetarización. ¿No podría Europa producir nuevos antídotos surgidos de su cultura, a partir de una política de diálogo y de simbiosis, de una política de civilización que promovería cualidades de vida y no sólo únicamente cuestiones cuantitativas, una política que sabría detener la carrera por la hegemonía? ¿No podría volver a alimentarse en la fuente del humanismo planetario que ha forjado en el pasado? ¿No podría reinventar el humanismo?

3

PENSAR LA BARBARIE DEL SIGLO XX

Los primeros gérmenes de barbarie histórica hacen su aparición, como hemos visto, seis mil años atrás en el seno de los grandes imperios del Oriente Próximo. Se perpetuaron hasta hoy y han producido las diversas formas de la barbarie de conquista y de colonización, como las de Tamerlán o Gengis Khan. Pero estas conquistas no formaron imperios duraderos, mientras que las de Europa Occidental tendrán consecuencias a largo plazo: la colonización se termina sólo después de la Segunda Guerra Mundial, en la década de 1960, e incluso más tarde en el caso de Portugal.

A partir de fines del siglo XV surge una barbarie ligada a la idea de nación. La nación moderna, efectivamente, engendró, por su obsesivo afán de purificación, de pureza religiosa y después étnica, una forma particular de barbarie que no existía en el Imperio Romano o en los antiguos imperios del Próximo o del Extremo Oriente. Sin duda el monoteísmo, en especial el católico, pue-

de explicar en parte este delirio de la purificación, sobre todo a causa de su carácter exclusivo, de su repudio de las otras religiones. Hay que decir que la Segunda Guerra Mundial llevará hasta su clímax estas dos formas de barbarie.

En el curso del segundo capítulo, quise iluminar un fenómeno aparentemente paradójico: si Europa occidental ha sido el hogar de la dominación bárbara sobre el mundo, también ha sido la cuna de las ideas emancipatorias, como las de los derechos del hombre y las de ciudadanía, gracias al desarrollo del humanismo. Las ideas emancipatorias han sido retomadas por los representantes de los pueblos colonizados y sometidos a servidumbre: es a partir de los derechos de los pueblos, derechos del hombre y derechos de las naciones, que los procesos de emancipación han tenido lugar. Para finalizar, subrayé el hecho de que la mundialización, un fenómeno cuya fecha simbólica de nacimiento es 1492, se manifestó por la trata de negros, y por otras numerosas formas de sometimiento. Pero yo agregaba que una segunda mundialización se había puesto en marcha, casi al mismo tiempo: la de los derechos de la humanidad, del derecho de las naciones, de la democracia. Finalmente, hoy nos encontramos en una mundialización contradictoria: los progresos fantásticos de la mundialización tecno-económica suscitan, pero también sofocan, una mundialización ciudadana y humanista.

Llego ahora a la cuestión de la emergencia de los totalitarismos, otro fenómeno europeo moderno. A veces se critica el uso que se hace de esa misma palabra «totalitarismo» para calificar sistemas diversos, como pueden serlo el estaliniano o el hitleriano. Creo que conviene adoptar un punto de vista complejo que subraye tanto las diferencias y las oposiciones como las semejanzas y las analogías. Por lo mismo, no es necesario apresurarse a justificar un totalitarismo rojo para así condenar mejor un totalitarismo pardo. El modo de reflexión me impide atenerme a un pensamiento unilateral y maniqueo, y me he rehusado tanto a idealizar como a demonizar a Europa, concibiendo que ésta produce a la vez lo mejor y lo peor. En el mismo orden de ideas, me rehúso a distinguir entre una ciencia «buena» y una ciencia «mala», etc. Tampoco creo, como he intentado demostrar, que haya una «buena» y una «mala» mundialización.

Debo decir ante todo que no ha existido un pensamiento del totalitarismo, como sí ha existido un pensamiento del capitalismo (Marx), un pensamiento de la democracia (Montesquieu, Tocqueville), un pensamiento de la dictadura. El totalitarismo ha emergido por fuera de toda previsión. Es el fruto de un proceso histórico nacido del enorme accidente que ha sido la Primera Guerra Mundial. Esta guerra significó una explosión de barbarie asesina al mismo tiempo que un acto suicida para Europa.

Empecemos por el caso del comunismo soviético, crisol del totalitarismo estaliniano. El marxismo, en sus orígenes, es un pensamiento muy rico y que permanece muy actual, en particular en lo que concierne a los problemas de la mundialización. Pero su debilidad es la de no abordar verdaderamente la cuestión de la política. Marx concibe únicamente al Estado como un instrumento de la clase dominante, es decir como una estructura en la lógica de la guerra de clases y de las relaciones de clases. Estudia a fondo los conflictos sociales pero no se interesa en la política propiamente dicha.

El pensamiento marxista ha engendrado dos ramas de las que una se convirtió bastante rápidamente en la socialdemocracia alemana, a partir de la formación del partido socialdemócrata que data de la época de Engels. Esta primera rama se desarrolló en oposición a la tesis de una revolución violenta y brutal, «la Gran Noche», en la que la revolución proletaria aboliría al capitalismo. La socialdemocracia prefería una estrategia reformista, gradualista, ilustrada por Bernstein. A comienzos del siglo XX, se opera una escisión en el partido socialdemócrata ruso entre una tendencia mayoritaria «bolchevique» y una tendencia minoritaria «menchevique». El partido bolchevique se construye poco a poco, en el seno de la Rusia zarista, en condiciones de clandestinidad y de represión policial. Es una organización centralizada, casi militar, dirigida a controlar cuidadosamente a sus miembros, con el fin de evitar los agentes infiltra-

dos de la policía zarista, la Okhrana. Las particularidades del bolcheviquismo se deben entonces al hecho de que aparece en la Rusia zarista. En 1914, sigue siendo un partido muy pequeño cuyos dirigentes, en su mayoría, están exiliados. Por otra parte, en aquella época el marxismo había perdido en el mundo intelectual ruso mucho de su atracción, a causa de su carácter limitado o sectario. En el seno de la *intelligentsia* rusa, muy sensible a las complejidades humanas, el mensaje de Tolstoi, que predicaba un fraternalismo amplio, gozaba de una mayor influencia.

El objetivo de los bolcheviques es la revolución burguesa. Están convencidos, y Lenin es el primero, de que la revolución burguesa es el preámbulo de la revolución socialista. Es necesario que el capitalismo, la burguesía y el proletariado se desarrollen para que este último, crecido en fuerzas y en poder, pueda derrocar a la sociedad burguesa. Durante la guerra, las numerosas derrotas rusas provocan una revolución democrática. Ésta involucra el derrocamiento del zarismo y el ascenso al poder del socialdemócrata Kerenski, quien se revela tan incapaz de hacer la guerra como de negociar la paz. Su fracaso acentúa la desmoralización de las tropas y provoca una manifestación obrera en Petrogrado —antigua San Petersburgo y futura Leningrado—. Los bolcheviques se mueven según los acontecimientos e imponen muy hábilmente un doble lema: «La tierra a los campesinos», lo que evidentemente inflama a los mujiks movilizados,

y «todo el poder a los soviets», es decir, a los consejos obreros que se habían formado en las fábricas de Petrogrado.

Sobreviene entonces un acontecimiento de extrema importancia: las tesis de abril de Lenin. En ellas se sostiene que en Rusia es posible ahorrarse la revolución burguesa. Como Rusia es el eslabón más débil del mundo imperialista y capitalista, una revolución en este país desencadenará la revolución social en los grandes países industriales como Inglaterra, Alemania y Francia. Mucho le cuesta a Lenin convencer a sus amigos bolcheviques de que esta tesis está bien fundada, pero finalmente lo logra. Prepara entonces el golpe de Estado de octubre. En Petrogrado, los soviets ayudados por los soldados amotinados toman por asalto los palacios y los edificios del poder. Esta revolución es guiada, no sólo por los bolcheviques, sino también por anarquistas y socialistas revolucionarios que comparten su visión. Se convocan elecciones para elegir una asamblea constituyente, la primera asamblea democrática en Rusia. Como los bolcheviques están en minoría, Lenin disuelve pronto esta asamblea.

La guerra civil se desencadena, las tropas blancas intentan reconquistar Petrogrado. La intervención extranjera vendrá desde el fin de la Primera Guerra Mundial. En estas condiciones, un proceso de radicalización extrema comienza muy pronto. Los anarquistas son barridos, lo mismo que los socialistas revolucionarios; el par-

tido bolchevique se transformará en un partido único que dirigirá a una Rusia transformada en Unión Soviética. Pero la situación económica es catastrófica, la hambruna amenaza por todas partes. Lenin decide entonces instaurar la NEP, la nueva política económica. Se trata de dejar un cierto lugar a la economía de mercado, de dar un poco de libertad al pequeño campesinado, a los pequeños empresarios y comerciantes. Esto favorece un conato de recuperación económica. Pero la NEP será suprimida por Stalin en 1930.

En el curso de los años 1920-1924, después de la victoria sobre los ejércitos blancos y el abandono de la intervención extranjera, en la Unión Soviética no fue creada una sociedad de un nuevo tipo, una sociedad fundada sobre relaciones fraternales. No se dio la constitución de un verdadero poder del proletariado, sino que, muy rápidamente, el partido no sólo controla a la clase obrera, sino que también la reprime. Bajo el rostro de una dictadura del proletariado, fue una dictadura sobre el proletariado. En 1921, los marinos de la ciudadela de Kronstadt se rebelan. Exigen la aplicación de un programa verdaderamente popular, socialista y democrático. Trotsky, jefe del Ejército Rojo, los hace masacrar despiadadamente.

El fracaso de la Revolución Rusa es fundamentalmente cultural, porque no existió entonces una cultura socialista. Tampoco hay una revolución mundial. Esta falta permitió el éxito del estalinismo. Éste abandona to-

talmente la perspectiva revolucionaria mundial y sólo se propone construir el socialismo en un único país, a través del desarrollo industrial. Este fracaso de la idea socialista, fraternal y humanista, es casi análogo al fracaso espiritual del cristianismo, que, al convertirse en institución, desfiguró el mensaje original de Cristo. A sus discípulos Jesús les había dicho que Él volvería en vida de ellos. Durante cerca de un siglo, los discípulos y sus descendientes vivieron persuadidos de que el fin de los tiempos estaba próximo, y de que su Gran Noche llegaría. Cuando se volvió evidente que no habría ninguna Gran Noche, construyeron una Iglesia jerarquizada, organizada, potencialmente «totalitaria» en un cierto sentido. Así, el fracaso del mensaje redentor de Jesús ha provocado el triunfo de la Iglesia católica. De la misma manera, se puede decir que el fracaso cultural del socialismo en la Unión Soviética ha provocado la erección del socialismo real y el desarrollo espectacular de su poder bajo la férula de Stalin.

Por primera vez, se instala un sistema totalitario. ¿Qué significa esto? En primer lugar, que todos los elementos de la sociedad civil, política, económica, cultural, pedagógica, a los que se añaden la policía, el ejército, la juventud, son controlados y dirigidos por el partido. Éste se vuelve un centro a la vez omnisciente y omnipotente. Se considera que el partido y sus dirigentes detentan el conocimiento supremo de las leyes de la sociedad y de la historia, un conocimiento que es propio al mar-

xismo-leninismo. El totalitarismo no es entonces el control hipertrófico del Estado. Es la instauración de un partido que tiene un poder enorme y que controla al Estado. El Estado ya no es más que un instrumento en manos del partido que controla todo. El totalitarismo puede ser definido como una organización total a partir de un partido único. Del mismo modo que un sistema teocrático se funda sobre un faraón-dios que todo lo sabe y todo lo puede, el totalitarismo reposa sobre un sistema en el que se atribuye a los dirigentes la disposición de un conocimiento verdadero y lúcido. Sobre este saber, que se afirma como absolutamente verdadero, se elabora un poder absoluto.

Es importante señalar que no obra aquí ningún determinismo histórico. La Revolución de Octubre no debía producir necesariamente el totalitarismo estaliniano, como por otra parte ninguna «lógica» del marxismo mismo, o del leninismo, tampoco debía conducir obligatoriamente a la barbarie totalitaria. El totalitarismo no era previsible, no ha sido anhelado científica e intencionalmente, como lo creen quienes reducen siempre la historia a una serie de conspiraciones. Algunos elementos en el marxismo permitían el desvío totalitario, mientras que otros conducían a otras vías. Por otra parte este desvío no ha sido siquiera teorizado por Lenin. Por el contrario, en *El Estado y la revolución*, anuncia que las consecuencias de la revolución serán el debilitamiento y la supresión del Estado. El sistema soviético se instala de

hecho como consecuencia de una serie de perturbaciones históricas. Va a mantenerse, en parte, como consecuencia del atraso de una burocracia zarista de la que es heredero, y por el asedio capitalista que va a fortalecer sus tendencias a pensarse como una ciudad sitiada.

En sus comienzos, Mussolini fue socialista. En 1919, funda los *Fasci di combattimento*. Todavía no es un partido, sino la reunión en ligas de antiguos combatientes y de sindicalistas, en condiciones de extrema agitación. El elemento nacionalista es virulento, y se ve exacerbado por las decepciones ocasionadas por el trato sufrido por Italia después de la guerra, al que juzgaban injusto. Este trato parecía una verdadera humillación, porque Italia se contaba entre los vencedores. Mussolini llega al poder en 1922. Como consecuencia de la marcha sobre Roma, el rey Víctor Manuel III se ve obligado a confiarle el poder. El parlamentarismo se mantiene hasta 1925, pero después del asesinato de Matteotti por los fascistas, las leyes «fascistísimas» organizan la dictadura sobre la base de un partido único. Sin embargo, este totalitarismo queda inacabado, subsiste un pequeño sector que representa a los reyes de Italia, un compromiso con la Iglesia, y la economía capitalista continúa funcionando. Lo que conviene retener aquí es el contenido capitalista. El fascismo italiano es un nacional-fascismo y, como el nazismo, un nacional-socialismo. Por cierto, nace a partir de las condiciones económicas desastrosas de la posguerra,

pero también y sobre todo de sentimientos fascistas decepcionados, y exacerbados.

* * *

Hitler, que era austríaco, se enroló en el ejército bávaro durante la Primera Guerra Mundial. En 1925, se une a un pequeño partido, el *Deutsche Nationalsozialistische Arbeiter Partei* (DNSAP), el partido nacionalista alemán de los trabajadores. También aquí están muy fuertemente unidas la ideología socialista y la ideología nacional. En 1924, después de un *putsch* que fracasó en Munich, elabora en la prisión su doctrina y el resultado será *Mi lucha*. Este texto adopta y contiene efectivamente aspectos racistas, antisemitas, como también la idea de que Alemania debe conquistar su *Lebensraum*, su espacio vital. Se rebela contra el hecho de que Alemania haya sido privada de colonias en África y en otras partes. El espacio vital de Alemania será entonces Europa oriental. Dado que la teoría racista afirma la superioridad de los arios alemanes y la inferioridad de los eslavos, de algún modo se sigue que Ucrania debe ofrecerse a la colonización de los alemanes. El DNSAP continúa siendo un partido poco importante, hasta que llegan las elecciones de 1930, en las que ciento treinta diputados nazis ganan escaños en el Parlamento. ¿Cómo se puede explicar esto?

La gran crisis económica mundial, nacida en 1929 en Wall Street en los Estados Unidos, se abatió sobre Ale-

mania con una fuerza inaudita. Alemania era entonces el país más industrializado de Europa y esta crisis, que alcanzaba a todos los sectores de la sociedad, arrojó al desempleo a una gran parte de la clase obrera. A estas condiciones de desempleo, de crisis económica, se agrega la humillación nacional. El tratado de Versalles privó a Alemania de territorios germanófonos, en particular de una buena parte de la Prusia oriental cedida a Polonia, lo que creó el corredor de Danzig. Pero sobre todo se hizo notable la debilidad de la democracia de Weimar. La desunión de los demócratas no permitió a Hitler obtener la mayoría absoluta en el Parlamento —nunca la tuvo—, pero sí acrecentar sus fuerzas y su representatividad. Cuando se presenta como candidato a la presidencia de la República, es derrotado. El elegido es Hindenburg. Hitler negocia entonces con los partidos de derecha para constituirse una mayoría. La estratagema funciona, y es llamado a ocupar el puesto de canciller por el presidente de la República. Todo esto ocurre sobre el fondo de una desunión catastrófica. El partido comunista de la época tiene como enemigo principal a la socialdemocracia. Los comunistas se imaginan que si Hitler llega al poder, su incapacidad para resolver los problemas sociales y económicos les abrirá el camino para llegar a gobernar ellos. Es en estas circunstancias, y en un marco legal, que Hitler es nombrado canciller del Reich por el mariscal Hindenburg, el 30 de enero de 1933.

Rápidamente, decreta la disolución de los partidos comunista y socialista, y, desde 1933, se crea la Gestapo. Se decide la instalación de campos de concentración para opositores y en junio de 1933, muy poco tiempo después de su llegada al poder, Hitler proclama al partido nazi como partido único. Las SS y SA, grupos militarizados, le aseguran ya un poder temible. Esto le permite operar una depuración violenta entre sus opositores políticos, pero también promulgar las primeras medidas antijudías y practicar las primeras persecuciones. Un cierto número de judíos abandona Alemania. Hitler todavía no busca cortarles la huida; por el momento, de lo que se trata es de aislarlos y marginarlos.

Cuando toma el poder en esta Alemania democrática de Weimar, la oposición a Hitler es muy fuerte; pero, en contra de las previsiones de los políticos, el éxito económico va a darle una gran popularidad. Aun antes del *boom* de la industria armamentista, el Dr. Schacht, ministro de economía de Hitler desde 1934 hasta 1937, conoce el éxito, con medidas no ortodoxas, en volver a poner en marcha la máquina industrial y en reabsorber el desempleo. Muchas veces se olvida este factor de éxito económico. Constituyó un importante triunfo para el hitlerismo. El hecho de que la economía alemana haya podido funcionar hasta el fin, aun en el momento de los peores reveses militares y a pesar de los peores bombardeos aliados, muestra bastante bien hasta qué punto el factor industrial y económico ha sido importante. Pero

el nazismo fue también impulsado por una serie de éxitos en el plano político. La remilitarización de la región del Ruhr ha sido una paso determinante. Los franceses no se mueven cuando el ejército alemán vuelve a ocupar ese territorio. Otro ejemplo es la anexión de Austria, el *Anschluss*. En cuanto a la anexión de los Sudetes, esos macizos montañosos que constituían los bastiones de Checoslovaquia y en su mayoría estaban poblados por alemanes, fue un gran golpe de audacia y de cinismo por parte de Hitler. Consiguió obtener de los franceses y de los ingleses, por los acuerdos de Munich que violaban abiertamente los compromisos de Francia y de Inglaterra con respecto a Checoslovaquia, la unión de los Sudetes a Alemania. La Wehrmacht invadió inmediatamente Checoslovaquia, anexando 30.000 kilómetros cuadrados de su territorio.

En un país como Francia, con fuerte tradición pacífica de izquierda y marcada por la experiencia de la Primera Guerra Mundial, el elemento más determinante es la voluntad pacifista. Ante estas conquistas militares, el campo de la paz se ve extremadamente dividido: según algunos, Hitler ejerce el derecho de autodeterminación de los pueblos, según otros, esta militarización y este apetito de anexión son inquietantes en el más alto grado.

El nazismo es un producto catastrófico de la barbarie europea, y encuentra su fuente en la nación más cultivada de Europa. Los grandes poetas como Goethe, los

grandes músicos como Beethoven, las tradiciones democráticas que existían mucho antes de la Primera Guerra Mundial no bastan para contener la barbarie. Frecuentemente, esto ha impresionado a los espíritus, pero no conviene detenerse demasiado en estos particulares. En todo caso, nunca hasta el punto de olvidar que estalinismo, fascismo y nazismo, si es cierto que efectivamente nacen de la civilización, y aun de sus más altas producciones, sólo emergen en condiciones históricas determinadas. Son, esencialmente, consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Con otras condiciones, quizás también con algunos azares felices, los mismos fermentos de civilización habrían podido evitar el totalitarismo. Sin la Primera Guerra Mundial, no habrían existido el comunismo, el fascismo, el nazismo. Sin la crisis de 1929, no habría habido éxito nazi en 1933. Fueron la guerra y la crisis las que llevaron a Hitler al poder. El nazismo es un producto retardado de la Primera Guerra Mundial, como el comunismo es un producto inmediato. En conjunto, serán coproductores de la Segunda Guerra Mundial.

Viendo cómo en efecto los occidentales capitulaban en Munich, y temiendo que finalmente se pusieran de acuerdo para dejarle las manos libres a Hitler, Stalin se adelanta y firma con éste el pacto germano-soviético por intermedio de Ribbentrop. Este pacto implica que Alemania va a atacar Polonia, pero también incluye un cierto número de cláusulas, como la ocupación de una parte

de Polonia por la Unión Soviética y su dominio en los países bálticos, Lituania, Estonia y Letonia. Hitler tiene las manos libres en el este de Europa y puede lanzar su guerra relámpago en Polonia. Después llega la guerra de Francia y la desintegración del ejército francés. Es el pacto entre dos totalitarismos el que desencadenó la Segunda Guerra Mundial.

Abordemos la famosa cuestión de la evaluación recíproca de los totalitarismos hitleriano y estaliniano. Se puede observar ya una diferencia evidente en los fundamentos ideológicos de estos dos sistemas. La ideología comunista es internacionalista, universalista, igualitaria; la ideología nazi es racista. Las cartas del nazismo están sobre la mesa desde *Mi lucha*, mientras que la ideología fraternal del comunismo, explicitada en ese evangelio que es el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx, ha enmascarado durante demasiado tiempo los crímenes del totalitarismo soviético. Millones de seres humanos han sido persuadidos de que los soviéticos eran libres y felices. Otro punto de comparación concierne al nacionalismo, y aquí también muchos estarán tentados de considerar que este punto muestra una diferencia en la barbarie, en apariencia menor en el sistema estaliniano. Es verdad que el nacionalismo está en el origen del nazismo, mientras que es el internacionalismo el que se encuentra en el fundamento de la revolución soviética. En el nacionalismo nazi, el antijudaísmo desempeña un pa-

pel fundamental. Ha servido de alguna manera como cimiento a ese sentimiento nacional, según la lógica del chivo emisario descrita por René Girard. El internacionalismo, sin embargo, no estaba ausente en el nazismo. Al final de la guerra, existe un internacionalismo de los SS: algunos son noruegos, otros franceses, etc. Comparten el mito de una Europa nacionalsocialista, pero siempre sobre la base de un racismo de exclusión, en virtud del cual serían expulsados todos los elementos heterogéneos.

Como el totalitarismo soviético no tenía en sus orígenes una base nacionalista, el papel del antijudaísmo es nulo en un comienzo. Existía, en el seno del partido bolchevique, un número importante de judíos, empezando por Trotsky. Por otra parte, la Liberación, con el horror que despertó el descubrimiento de los campos de exterminio, va a detener los fenómenos de rechazo que empezaban a manifestarse. Sin embargo, progresivamente, los judíos van a empezar a ser discriminados en el seno de la Komintern (Stalin consideraba, incluso, después del pretendido complot de las «blusas blancas», su deportación a Siberia), y durante la Guerra Fría, el antijudaísmo y la denuncia del «cosmopolitismo judío» ya no se disimulan. Se ve entonces, por lo menos en el nivel de la barbarie de intolerancia y de exclusión del otro, que los dos sistemas, aun siendo de inspiración muy diferente, acaban por ser convergentes. En lo que se refiere a la barbarie exterminadora, hablaré de ello después, pero

quiero dejar indicado que en este punto también son comparables.

Conviene ahora abordar la cuestión del racismo nazi, e intentar comprenderla. La asociación del nacionalismo y del racismo, evidentemente, no es una invención nazi. En los nacionalismos exaltados o virulentos siempre hay gérmenes racistas. Aun en la España de la Reconquista se encuentra, como he intentado demostrar, el tema de la pureza de la sangre. Pero para que verdaderamente se pueda hablar de racismo, es necesario que aparezca una concepción racial legitimada, validada por la antropología científica. Ahora ocurre que la ciencia antropológica, sin ser nazi, ha sostenido largo tiempo que las razas eran cualitativamente científicas, y afirmaba la superioridad de algunas de ellas sobre otras. Recuerdo que en los manuales de geografía de mi infancia, la raza blanca era definida por cualidades eminentes, mientras que los «negros» eran presentados como perezosos e indolentes, los «amarillos» como hábiles y astutos. El hombre blanco cantado por Kipling evoca ese racismo latente.

Una cierta antropología, como la ilustrada por Georges Vacher de Lapouge (1854-1936), ha desarrollado el tema de la superioridad de la «raza aria» desde el siglo XIX. Se sabe que Gobineau también había sostenido esta superioridad, y que, por intermedio de Wagner, había influido sobre Hitler. Chamberlain, quien en 1899 escribió los *Fundamentos del siglo XX*, pretendió fundar

sobre bases científicas la superioridad racial de los arios. Elaboró la teoría de un racismo que todavía no era sistemáticamente jerárquico. Fue él, sin embargo, quien introdujo el criterio de la pureza de sangre en la definición de la «raza aria», al mismo tiempo que consideraba que el judío había mezclado sus sangres, y por lo tanto era biológicamente inferior. Poco a poco, las cosas irán dando un giro muy grave, y el antisemitismo (racial) irá triunfando sobre el antijudaísmo (religioso). El antijudaísmo ha podido ser violento y bárbaro, ha inspirado pogromos y ejecuciones sobre la hoguera. Pero como privilegiaba la dimensión religiosa, los judíos que se convertían sinceramente eran perdonados. El antisemitismo, en cambio, es una actitud de repudio del judío en tanto que racialmente otro.

El antisemitismo combate la supuesta perversidad radical y racial de los judíos. Esta raza pervertida sería portadora de un virus que corre el riesgo de desintegrar las esencias nacionales. Puede verse así cómo el antisemitismo ha funcionado como un medio delirante para salvar las esencias nacionales de los peligros de su disolución y corrupción. En este proceso, las ideas racistas han desempeñado, ciertamente, el importante papel que acabo de señalar, pero no hay que olvidar el peso de los factores históricos, económicos, el clima de desastre humano que se vivió después de la Primera Guerra Mundial. Sería demasiado fácil que la barbarie pudiera estar solamente en las ideas.

Se sabe suficientemente bien que ha existido un antisemitismo francés que se desencadenó particularmente con ocasión del *affaire* Dreyfus. El libro de Edouard Drumont, *La France juive*, publicado en 1886, presenta a los judíos como agentes del mal que se infiltraron en toda la sociedad y la pusieron en peligro. Este *affaire* no se limitó a despertar esos relentes de peligro. También despertó una fuerte tradición republicana y humanista, cuya lucha encarnizada permitirá probar la inocencia de Dreyfus. La Francia que apoyó a Dreyfus triunfó sobre la Francia que se le oponía. La revancha de los opositores de Dreyfus sólo llegará con la ocasión del gobierno de Vichy. El antisemitismo sufre entonces en la Francia republicana una detención, o por lo menos una contención. Los antisemitas, sin embargo, no se contienen. Se focalizan en el judío emancipado, ya reconocido como ciudadano, asimilado por la sociedad. A sus ojos, sería tanto más peligroso porque da la impresión de ser como los otros, como cualquier francés, cuando en realidad no lo es; posee una «extrañeza inquietante». Cuanto más se parecen los judíos al resto de la población, más se vuelven una amenaza portadora de todo lo que desintegra una nación: son judeo-bolcheviques, judeo-capitalistas, judeo-masones, etc.

Frente a los ataques antisemitas, intentando ignorarlos u oponerse a ellos, los judíos han desarrollado por lo menos tres tipos de reacciones. El primer tipo se manifiesta en aquellos que se sentían integrados, que se reco-

nocían en la categoría de ciudadanos, y participaban en la existencia nacional como los judíos alsacianos o del mediodía. Se consideraban como franceses, porque Francia los había reconocido como tales. Francia no es solamente la patria de los Gobineau, de los Lapouge y de los Drumont, es también, y sobre todo, la Francia de la integración, que defiende los derechos del hombre y del ciudadano y que ha triunfado sobre los perseguidores de Dreyfus. Pero a pesar de todo existía en ellos una bipolaridad que les hacía sentir, a menudo inconscientemente, el carácter demasiado estrecho del marco nacional. De donde surge un segundo tipo de reacción: algunos desarrollaron conscientemente un metanacionalismo. Se sintieron motivados por una voluntad de superar la nación. Por una parte, porque estaban convencidos de que existirían siempre, en cualquier marco nacional que fuera, tendencias antijudías que los rechazarían; por otra, por una auténtica inclinación universalista. El internacionalismo les va a parecer como la solución para evitar los peligros del nacionalismo. Y el socialismo va a alimentar el sueño de otra sociedad, y de otro mundo. Este sueño era el de Don Quijote, imaginado por ese marrano que era Cervantes. De un lado, entonces, el polo de la integración nacional, y del otro el del internacionalismo. Una tercera reacción se desarrolla lentamente en torno del polo sionista. El sionismo encuentra en parte su origen en el *affaire* Dreyfus. Un joven periodista húngaro, Theodor Herzl, asiste a la ceremonia de degradación del

capitán Dreyfus. Emocionado, conmovido hasta la repugnancia por el clima de odio antisemita, extrae de estos hechos la conclusión de que los judíos no deben esperar la integración sino crear su propio Estado nacional. Muy rápidamente, los judíos van a crear colonias en Palestina. Este movimiento va a amplificarse, va a franquear diversas etapas, y finalmente concluirá en la creación del Estado de Israel.

Entre tanto, habrán ocurrido los exterminios de la Segunda Guerra Mundial en Alemania. Hay una paradoja en que muchos judíos se identificaran muy intensamente con la nación alemana. Una vez, en una visita a la ciudad israelí de Haifa, encontré una importante colonia de emigrantes judíos alemanes. Según parece, muchos de ellos habían llorado ante el anuncio de la derrota alemana en Stalingrado.

¿Cómo explicar ahora, o intentar explicar, el desencadenamiento último de la barbarie, el del exterminio propiamente dicho? A partir de 1935, año de la promulgación de las primeras leyes antisemitas, se despoja de sus bienes a los judíos alemanes, se les niega la ciudadanía, se les prohíbe casarse con «arios». En 1941, el dominio de los nazis sobre Europa es total. Tienen lugar una serie de masacres locales, perpetradas por los SS, o por el ejército. Paralelamente, los nazis crean los guetos, como los de Varsovia o Cracovia. La voluntad de los nazis es, todavía, la de expulsar a todos los judíos fuera de

Europa. Por un momento se considera su deportación masiva a Madagascar. Se hicieron estudios en esta isla, para verificar que el territorio no contuviera demasiadas riquezas en su subsuelo. Este proyecto de expulsión masiva hace pensar en la de los moriscos en el siglo XVII. El giro que conduce a la solución final de exterminio se sitúa a fines de 1941 y comienzos de 1942. En septiembre de 1941, bloqueado por un invierno precoz y extremadamente riguroso, el ejército alemán no ha podido penetrar en Moscú. Entre tanto, como Stalin ha sabido por su espía Richard Sorge que los japoneses no atacarían Siberia, hace volver a sus tropas del Extremo Oriente. Otorga el mando del frente de Moscú al muy eficaz Zhúkov. El 6 de diciembre de 1941 comienza la contraofensiva soviética, que durará de enero a abril y rechazará a las tropas alemanas unos 350 kilómetros al oeste. Es el primer fracaso militar que Hitler conoció. El 7 de diciembre, los japoneses atacan Pearl Harbor, y los Estados Unidos entran en guerra. Por primera vez, Hitler concibe la posibilidad de la derrota. Una interpretación plausible sería entonces la de suponer que no desea que la derrota nazi se convierta en el triunfo de los judíos. Decide liquidarlos. La «solución final» se pone a punto el 20 de enero de 1942. Desde la primavera de 1942, comienzan las deportaciones y los exterminios en masa de los judíos. Es verdad que *Mi lucha* ya describía conjeturalmente a Auschwitz, y que el racismo exacerbado del nazismo llevaba en sí potencialmente el exterminio.

Pero hizo falta esperar hasta el paroxismo de la Segunda Guerra Mundial y el fantasma de la derrota para que se produzca en los hechos y de manera sistemática.

No olvidemos que el odio racial y la voluntad de exterminio de los nazis no se concentraba solamente sobre los judíos. Si éstos son eliminados bajo el pretexto de perversidad y de impureza de sangre, los gitanos y los *rom* lo serán como «desechos» que hay que eliminar, los «débiles mentales» como indignos de pertenecer a la raza aria. Los eslavos, si bien no están expresamente destinados al exterminio, en todo caso sí lo están a la colonización y la explotación.

Se sabe que esta empresa de exterminio de los judíos, la suerte que les fue reservada, en especial en Auschwitz, fue ocultada o más o menos ignorada en Francia durante la posguerra. Puede haber dos razones. En primer lugar, en Francia hubo 86.000 deportados por razones políticas, y 75.000 deportados judíos. En los otros países, la población judía fue deportada entre un 60 y un 75 por ciento, lo que constituye un porcentaje netamente más elevado. En Bulgaria, se encuentran más judíos al final de la guerra que al comienzo. ¿Por qué sólo este país y Francia han sido tan poco afectados? En Bulgaria, bajo la presión de la *intelligentsia* parlamentaria, el rey rehusó a Hitler el permiso de deportar a los judíos de su país. En Francia, las convicciones republicanas y humanitarias hicieron que muchos ciudadanos

escondieran a los judíos y la Resistencia les proporcionó papeles falsos. La mayoría de los judíos deportados de Francia no volvió. Cuando se creó la Federación nacional de los deportados repatriados patriotas, la FNDIRP, reagrupó a los deportados, los internados y los resistentes. Los judíos, considerados como patriotas, sólo son contabilizados como tales —y no como judíos— en la FNDIRP.

En nuestros días, el reconocimiento del exterminio de los judíos europeos se desarrolla en paralelo a la autoafirmación de una identidad judía, a su vez favorecida por la existencia del Estado de Israel. Cada vez más, la evocación del martirio judío sufrido en Auschwitz sirve de una cierta manera para proteger a Israel contra aquellos que ven al Estado como un opresor de los palestinos. Cuando el 27 de enero de 2005 se conmemoró la liberación de Auschwitz, se asistió a una especie de sobreexposición del martirio judío, olvidando a los gitanos, los eslavos y los resistentes. Esta sobreexposición ha sido subrayada tanto por Annette Wieviorka como por Simone Weil. En su libro *Auschwitz, 60 años después*, Annette Wieviorka recuerda la composición del campo de exterminio: presos políticos, criminales, homosexuales, testigos de Jehová, prisioneros de guerra soviéticos, judíos. Evoca también las dificultades para introducir la calificación de «crimen contra los gitanos».

Un efecto de *boomerang* de esta conmemoración concentrada exclusivamente sobre el martirio judío fue la demanda, proveniente tanto de los negros de la Martinica en el Caribe como del África negra, de que se reconociera la barbarie que fue la trata de esclavos. Por lo que respecta a Argelia, los franceses reconocimos, tardíamente, la masacre del Sétif. En el curso de la guerra de Argelia, los dos bandos perpetraron masacres, pero era Francia la que mantenía a Argelia bajo la tutela de la colonización. Esto es lo que explica que la demanda de un reconocimiento proviniera de Argelia.

Puede decirse que, a través del recuerdo de las víctimas del nazismo, pero también a través del de la esclavitud de las poblaciones africanas deportadas y el de la opresión colonial, lo que asciende a la conciencia es la barbarie de Europa occidental, manifestada por la esclavización y el sometimiento de los pueblos colonizados. El nazismo no es más que el estadio último, el nazismo que combatía las razas que declaraba inferiores, corruptas e impuras: los eslavos como inferiores, los gitanos impuros, los judíos a la vez impuros, inferiores y perversos. Pero no separemos a los judíos de todos los mártires de la barbarie.

Para concluir, querría insistir sobre el hecho de que hay que evitar encerrarse en un pensamiento binario, vale decir, un pensamiento obnubilado por un solo polo de atención, en detrimento de los otros. Si se insiste de-

masiado sobre el solo caso de Auschwitz, se corre el riesgo de minimizar el gulag y de callar otras barbaries. Ahora bien, si nos limitamos únicamente al factor cuantitativo, el número de muertos provocado por los campos de concentración soviéticos ha sido con mucho el más importante. El gulag ha durado más que el período de exterminio nazi que comienza en 1942 y termina a comienzos de 1945. Este período acabó por otra parte en la hecatombe, resumida trágicamente en algunos días, de los sobrevivientes. El tifus, las largas marchas agotadoras bajo el mando de los SS para huir ante el avance de los aliados, resultaron terriblemente mortíferos. Cuando los aliados llegan ante las puertas de Dachau, ven ingentes pilas de cadáveres. Tuvieron entonces la impresión, que perdura, de que el horror del nazismo consistía en ese efecto de amontonamiento de los cuerpos. En realidad, se debía al hecho de que la maquinaria de exterminio y de eliminación acababa de detenerse. Los hornos ya no funcionaban, los cadáveres se apilaban. Ahora bien, el horror se debe menos a la acumulación de los cadáveres que al funcionamiento de esta perfeccionada máquina de muerte. No hay que permitir que una imagen, por elocuente y horrible que sea, nos esconda la realidad. Es, de algún modo, lo que está ocurriendo en la actualidad. El genocidio judío nos parece más horrible que el exterminio masivo que fue el gulag, del que no hemos tenido imágenes, y que fue ocultado largo tiempo. Todo esto para decir que la tendencia a negar el gulag en beneficio

de Auschwitz —o la tendencia inversa, por supuesto—, carece de sentido. Desconfiemos de la barbarie mental que, para minimizar a sabiendas o inconscientemente los crímenes del estalinismo, convierte al hitlerismo en el horror supremo y absoluto.

A lo que deben conducir las trágicas experiencias del siglo XX es a una nueva reivindicación humanista: que la barbarie sea reconocida como tal, sin simplificación ni falsificación de ningún tipo. Lo que importa, no es el arrepentimiento, es el reconocimiento. Este reconocimiento debe pasar por el conocimiento y por la conciencia. Hay que saber qué fue lo que realmente ocurrió. Hay que tener conciencia de la complejidad de esta tragedia colosal. Este reconocimiento debe referirse a todas las víctimas: judíos, negros, gitanos, homosexuales, armenios, colonizados de Argelia o de Madagascar. Es un reconocimiento necesario si se quiere superar la barbarie europea.

Hay que ser capaces de *pensar* la barbarie europea para superarla, porque lo peor es siempre posible. En el seno del desierto amenazador de la barbarie, por el momento nos encontramos bajo la protección relativa de un oasis. Pero también sabemos que estamos en condiciones históricas, políticas y sociales que hacen que lo peor sea algo factible, especialmente en momentos de períodos paroxísticos.

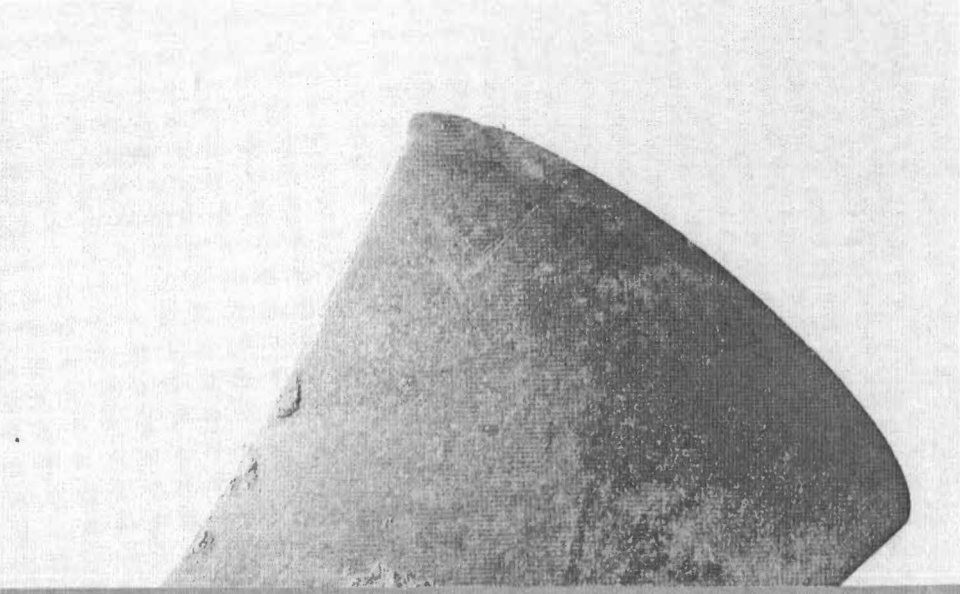
La barbarie nos amenaza, por detrás de las estrategias mismas que se creen que se le oponen. Hablé mu-

cho de Auschwitz y del gulag, pero no hay que olvidar Hiroshima. La idea que llevó a esta nueva barbarie es la aparente lógica que coloca sobre un platillo de la balanza a los 200.000 muertos debidos a la bomba, y sobre el otro los dos millones de muertos —entre los cuales se cuentan 500.000 GI norteamericanos—, que habría costado la prolongación de la guerra por medios convencionales. Al menos, así serían los números si se los calculara a partir de una extrapolación de las pérdidas sufridas solamente en la toma de Okinawa. Hay que decir primero que estas cifras han sido voluntariamente exageradas. Pero, por sobre todo, no hay que temer poner en primer plano un factor decisivo que entró en la decisión de recurrir a la bomba atómica. En la conciencia del presidente Truman y de numerosos norteamericanos, los japoneses eran sólo ratas, subhumanos, seres inferiores. Nos encontramos aquí, por añadidura, con un hecho de guerra que contiene un ingrediente de barbarie suplementaria: los progresos extraordinarios de la ciencia han sido puestos al servicio de un proyecto de eliminación tecno-científica de una parte de la humanidad. Lo repito: lo peor siempre es posible.

Así, en lo que concierne a Europa, lo que debemos evitar a todo precio es la buena conciencia, que es siempre una conciencia falsa. El trabajo de la memoria debe dejar refluir hacia nosotros la preocupación constante por las barbaries: sometimientos a servidumbre, trata de los negros, colonizaciones, racismos, totalitarismos nazi

y soviético. Esta obsesión, al integrarse en la idea de Europa, hace que integremos la barbarie en la conciencia europea. Es una condición indispensable si queremos superar los nuevos peligros de la barbarie. Pero como la mala conciencia es también una falsa conciencia, lo que nos hace falta es una *doble conciencia*. A la conciencia de la barbarie se debe integrar la conciencia de que Europa produjo —por el humanismo, el universalismo, la progresiva constitución de una conciencia planetaria— los antídotos a su propia barbarie. Es la otra condición para superar los riesgos siempre presentes de nuevas, peores barbaries.

Nada es irreversible, y las condiciones democráticas humanistas deben regenerarse de manera permanente, de lo contrario degeneran. La democracia necesita recrearse de manera permanente. *Pensar* la barbarie es contribuir a recrear el humanismo. Por lo tanto, es resistirse a ella.



En esta excelente muestra de su erudición, Edgar Morin ensaya una antropología de la barbarie que recorre toda la historia occidental.

Para evitar que el mundo se hunda en nuevas formas de locura colectiva es indispensable comprender la relación compleja entre cultura y barbarie. En este libro el autor hace referencia a los dos grandes totalitarismos que dominaron el siglo XX, pero también a los desastres de la era poscolonial, emergentes del imperialismo europeo. Dedica un espacio importante a los grupos y personas que se opusieron a las explosiones de barbarie –y que califica de "antídotos culturales"– y propone categorías filosóficas que ayudan a identificar la irrupción constante del *homo demens* por encima de su hermano *sapiens*.

38702
9 788449 322365